

Selección TERROR

HOLLYWOOD, HORROR SHOW

Donald Curtis

SELECCION

TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

455 — Se vende un asesino. *Clark Carrados.*

456 — El pavoroso amante de Vivie. *Ralph Barby.*

457 — La muerte es sueño. *Lou Carrigan.*

458 — Los crímenes de la calavera. *Ada Coretti.*

459 — Viajando con el diablo. *Clark Carrados.*

DONALD CURTIS

HOLLYWOOD, HORROR SHOW

Colección SELECCION TERROR n.º 460

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 32.437-1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: diciembre, 1981

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera**, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981

CAPITULO PRIMERO

Llovía en forma torrencial cuando Larry Slater dejó el confortable calorcillo de su apartamento, subir a su coche y enfilar por Wilshire hacia Sunset Boulevard, atraído por una intempestiva llamada telefónica.

Arriba quedaba el pollo dorado al horno, rodeado de redondas patatas y rodajas de zanahoria salpicadas de guisantes, para mejor ocasión. Y la botella de buen vino californiano. Y la chica.

Sobre todo, la chica.

Era de las que a él le chiflaban. Muy rubia, muy opulenta, muy agresiva. Al diablo con la moda de las delgaditas de la pantalla, los senos aplastados y los traseros poco pronunciados. Una chica debía tener algo a que agarrarse, era su filosofía. Y cuanto más pronunciado, mejor.

Mientras el limpiaparabrisas oscilaba como un péndulo veloz, arrastrando los goterones de lluvia que corrían por el cristal, emborronando la visión, su pensamiento retrocedió algo en el tiempo, a los momentos en que había llegado a aquella ciudad soñando con la pantalla de plata, la fama y la fortuna. Era la época en que aún creía que su nombre iba a ser un rutilante conjunto de bombilla en las fachadas de los cinematógrafos de ' todo el mundo, compitiendo con Gary Cooper o Humphrey Bogart, viviendo apasionados idilios con Verónica Lake, Lana Turner o Betty Grable, y poseyendo una lujosa mansión en Beverley Hills o en Sunset Boulevard.

Todo eso había quedado atrás. La realidad siempre se impone duramente a los sueños. Ahora, tenía que conformarse con una pequeña oficina de investigador privado en Santa Mónica Boulevard v un apartamento bastante cómodo en Wilshire. Sus ingresos no eran una miseria, pero tampoco' podían competir con los de James Stewart o Alan Ladd, ciertamente.

No se quejaba, sin embargo. A otros les había ido peor. El gracias a haber sido policía antes que aspirante a astro del cine, pudo elegir el camino de la investigación privada, y la policía de Los Ángeles le facilitó las cosas, como se hace siempre entre buenos colegas, aunque su época de policía de uniforme había sido en Nueva York y no en la costa Oeste del país.

Pero el oficio tenía estos gajes. Como cualquier médico, alguien podía necesitar su ayuda urgente en determinado momento de la noche, y moralmente se sentía obligado a acudir, en especial si ese alguien había sido anteriormente cliente suyo en algún asunto.

Y Selwyn Durhan lo había sido. Por dos veces. Una, para buscar a su hija de diecisiete años, desaparecida misteriosamente de casa, y de quien se temía había sido secuestrada. Por fortuna las cosas resultaron mucho más sencillas,

y la chica apareció en Méjico, adonde se había escapado con un atractivo mejicano de fuertes músculos y dulces palabras, pero acusado de estupro y de tráfico de cocaína por la policía de California,

La segunda vez que Durhan acudió a solicitar sus servicios fue para divorciarse de su mujer sin tener que pagarle una fortuna por ello. Larry Slater probó con relativa facilidad que la señora Durhan era una ninfómana de tomo y lomo, y que se veía frecuentemente con jovencitos guapos en hoteles de muy dudosa reputación. Eso bastó para que el divorcio lo consiguiera Durhan sin pagar un solo centavo, aunque la separación le hizo perder definitivamente a su díscola hija, que aprovechó la ocasión de la ruptura familiar para escaparse de nuevo, esta vez con un brasileño seductor, al propio Río de Janeiro. Slater no había vuelto a oír hablar de ninguno de ellos desde entonces, con la excepción del propio Selwyn Durhan, a causa de frecuentes estrenos en Hollywood. Era un productor ambicioso y decidido, que financiaba habitualmente tres o cuatro películas al año.

Ahora ignoraba qué podía ocurrirle, pero su voz sonaba muy alterada por el hilo telefónico cuando le rogó insistentemente:

—Por favor, Slater, deje todo lo que esté haciendo y venga a verme sin perder un solo minuto. No se preocupe por nada. Le resarciré de cuantas molestias le ocasione. Sé que hace una noche de perros, pero le necesito con urgencia. Con mucha urgencia. Venga a verme al Dark Club, en Sunset. Es ese local nuevo que han abierto. Le espero. No se demore, amigo mío.

Sabía por experiencia que cuando Durhan llamaba a alguien «amigo mío» es porque lo necesitaba de verdad. De modo que renunció a seguir escuchando por la radio un programa de música de jazz, y se lanzó a la lluviosa noche, maldiciendo entre dientes a su poderoso cliente.

Recordaba vagamente haber oído hablar de la inauguración del Dark Club. Un local indescriptible, montado al amparo de la nueva ola que había invadido Hollywood, con el gusto renovado por los films de terror. La Universal, con sus inefables Lon Chaney, hijo, Boris Karloff y John Carradine al frente de la nueva moda del cine de monstruas, y la competencia del propio Durhan, cuyos Monster Studios —creados exclusivamente para tal clase de películas de «serie »—, lanzaban al año hasta dos y tres películas de terror, iban a la cabeza de la industria en ese apartado, aunque otras productoras, como la RKO Radio, lanzasen al mercado productos como «La Escalera de Caracol», donde George Brent y Ethel Barrymoore vivían una sangrienta historia de misterio y pánico en torno a una joven muda interpretada por Dorothy McGuire. (1)

Así cuando Slater llegó al Dark Club, comprobó que, aparte hacer honor a su sombrío nombre (2), los motivos de decoración del lugar se encaminaban preferentemente a las constantes del clima de terror del cine, desde los

tiempos de «Nosferatu» o del «Drácula» del ya decadente Bela Lugosi. Grandes telarañas fingidas con materiales plásticos, ataúdes en los rincones, velas sobre calaveras de bakelita imitando hueso humano, murciélagos de terciopelo colgando de una negra bóveda y dotados de un mecanismo que les hacía aletear de vez en cuando como si fuesen reales, eran sólo pinceladas de un falso terror montado por un decorador con sentido de lo comercial. Las chicas que servían las mesas, lucían rostros cadavéricos, maquillados en tonos muy blancos, con profundas ojeras negras en torno a los ojos, y unas largas pelucas de negrísimo pelo lacio, como si todas fuesen hijas del Conde de los Cárpatos. Pero eso sí, ello no impedía que sus cortas faldas permitieran ver unas piernas desnudas, bastante bien formadas, y que lo que menos causaban al cliente era precisamente terror.

—Un feo lugar —comentó Slater, dirigiendo una ojeada al recinto, antes de estrechar la sudorosa y fofa mano del productor y sentarse frente a él, separados por una roja vela goteando sebo sanguinolento encima de la calavera que constituía el candelabro.

—Pero está de moda —rió forzosamente el hombre gordo, blandengue de carnes y adiposo de cuello, enjugándose el sudor del rostro con un fino pañuelo de seda donde aparecían bordadas las iniciales S.D.

(1) Las películas y actores mencionados por el autor, nos sitúan fácilmente en la década de los cuarenta, exactamente alrededor de 1945 y 1946, cuando Hollywood vivía su momento cumbre del «cine negro», así como los films de «serie B» citados en el texto del relato. (N. del E.)

(2) «Dark Club»: «Club oscuro», en inglés.

— ¿Qué va a tomar, Slater?

—Un brandy caliente —rezongó el detective—. Con esa lluvia y la humedad de esta noche, necesito entrar en calor.

—Lamento mucho haberle sacado de casa con este tiempo, Slater —suspiró el productor cinematográfico—, Pero el asunto no admitía demora.

—Lo supongo —el productor solicitó de una pizpireta camarera de hermosos muslos lo que Slater deseaba, y se volvió al detective, mientras éste seguía, pensativo^ el cimbreo de nalgas de la muchacha, regresando al mostrador. En éste, un fúnebre barman servía combinados entre dos candelabros de bronce llenos de falsas telarañas, y cuando hacía funcionar la registradora, de ésta surgía una macabra risa al tiempo que los brazos de un esqueleto gimoteaban cuando había propina. Todo delicioso, pensó sarcásticamente Larry, volviendo su atención al productor, que daba vueltas a su Martini con el palillo y la aceituna, totalmente absorto en sus pensamientos.

Pensamientos que, a juzgar por su expresión, no debían ser demasiado halagüeños. De repente, pareció advertir que Slater le miraba, a la espera de algo, y reaccionó, respirando con fuerza y mordiendo la aceituna.

—Es horrible, Slater —murmuró, como si éste supiera de qué iba el asunto.

— ¿Qué es horrible? —quiso saber Larry.

—Todo —tomó un sorbo del Martini y frunció el ceño. Tenía las cejas escasas, ralas y algo rubias. Los ojos ofrecían a la extraña luz mortecina de la sala un raro color bilioso—. Estreno mi última película dentro de seis días, Slater.

—Pues qué bien —dijo Larry por decir algo.

—Es horrible, horrible —insistió Durhan, sacudiendo la cabeza.

— ¿Tan mala es? —comentó ingenuamente el detective.

—Oh, cielos, claro que no —pareció volver Durhan a la realidad—. Es la mejor película de horror que ha salido de los Estudios Monster. Seguramente la mejor de todas cuantas se han hecho en Hollywood en muchos años.

—Entonces no veo dónde está el problema.

—Está en que no puedo entrenarla —se quejó amargamente el productor.

Larry puso cara de estar oyendo hablar en chino o en lapón.

—Pues no lo entiendo —confesó.

—Todo estaba a punto. Sólo faltaba iniciar la proyección. Asistirá todo Hollywood a la premier mundial. Morgan Wayne, nuestro director, estaba entusiasmado con su película. Es la primera vez que el género de terror tenía altura, garra, calidad técnica y artística. La película iba a ser una auténtica bomba en el mundo del espectáculo.

-¿Y...?

—Ya se lo dije, Slater. No puedo estrenarla. Le necesito. Le necesito de modo apremiante, aunque sé que es un problema insólito, algo que jamás ha ocurrido hasta hoy. Me pregunto si hay detective en el mundo capaz de ello, por muy experto que sea en desapariciones.

—Ah, ¿con que es eso? —Respiró profundamente Larry—. ¿Ha desaparecido la película quizás? ¿Robada, secuestrada por alguien que desea arruinar el estreno?

—No, no. No es eso, Salter —gimió Durhan, meneando la cabeza de un lado a otro enfáticamente—. Es peor. Mucho peor...

La camarera de las piernas bonitas regresó a la mesa. Sirvió a Slater su brandy caliente, en copa balón, con una deslumbrante sonrisa y se retiró. El detective iba a seguirla de nuevo, con mirada de experto, cuando su interlocutor le soltó

el mazazo.

—Slater...ha desaparecido un personaje de la película —dijo roncamente—. ¿Entiende? De pronto, en los fotogramas del Túrn... falta un personaje. Ya no está allí.

Larry se olvidó de las nalgas de la muchacha. Casi se le cayó la copa de las manos, y miró incrédulamente a Selwyn Durhan.

CAPITULO II

La lluvia arreciaba todavía más cuando abandonaron los dos hombres el tétrico establecimiento, levantando una cortina aparentemente hecha de grisáceas telarañas gigantescas, para salir a un corredor angosto, que conducía a la salida. Cuando cruzaban el umbral de ésta, un horrible alarido brotó a sus mismos pies, y la alfombra se arrugó, como si el suelo tuviera vida propia.

Era el último susto a la clientela y, según había oído decir Larry, nunca era el mismo, para darle variedad a la cosa. Se sintió mucho mejor bajo la lluvia, contemplándose los zapatos mojados en el suelo negro y reluciente, mientras su acompañante daba una propina al portero y recogía su coche para llevarlo consigo a los Estudios Monsíer. Se alejaron del Dark Club bajo un torrente de agua que ni siquiera la varilla del limpiaparabrisas lograba aliviar.

Larry observó de soslayo el perfil de Durhan, extrañamente iluminado por la escasa luz del taller, así como por los juegos que producían sobre su rostro las luces urbanas filtrándose entre los regueros de agua del parabrisas. Todo le daba la impresión de ser fantasmal, extraño, inquietante.

—De modo que no era producto del whisky —comentó—. Realmente, ha desaparecido un personaje de su película.

—Así es. Nunca bebo suficiente como para creer ver algo así —manifestó secamente al productor.

—No se ofenda, señor Durhan —ie apaciguó Larry—. Pero eso suena tan raro...

—Lo sé. Posiblemente jamás tuvo usted un caso parecido en sus manos. Comprendo que es como para volverse loco. Pero ha ocurrido.

—Ha ocurrido, ¿qué?

—Ya se lo dije. La película está donde estaba. Todo en ella es normal. Excepto las escenas donde aparece determinado personaje.

— ¿Han sido cortadas esas escenas?

—No. Eso es un fantástico, Slater. Las escenas están íntegras. Nadie ha tocado, aparentemente, la copia. Pero uno de sus intérpretes no aparece allí. Ha dejado de estar en el celuloide, simplemente.

— ¿Sin violencia alguna? ¿No hay cortes, no fotogramas borrados o manipulados?

—Nada de nada. La verá ahora, cuando lleguemos a los Estudios. Para eso le llevo. Verá que el film está intacto. Pero en ocasiones, usted verá hablar a los intérpretes con el vacío, con la nada. Falta alguien en la escena: el otro

personaje.

— ¿Usted vio la película acabada?

—Sí. Estaba normal, por supuesto.

— ¿Y asistió a su rodaje?

—Con frecuencia, sí.

— ¿Vio rodar esas escenas?

—Sí, precisamente casi todas ellas.

— ¿Y el rodaje fue normal?

—Del todo.

— ¿El actor que interpretaba el papel no faltó a ninguna escena de rodaje? \

—A ninguna. Ya le digo que yo estuve presente en su filmación. Todo discurrió con la mayor normalidad. El positivado y montaje de la copia, también.

— ¿Cuándo ha advertido esa extraña desaparición?

—Esta misma tarde. Aún no hace dos horas, Slater.

Larry afirmó con la cabeza, pensativo. Parecía tratar de explicarse de alguna forma lo sucedido. Pero no era nada fácil.

— ¿Está totalmente seguro de que ha visto bien, de que no cometió ningún error de apreciación?

—Sí. Por completo —se volvió un poco para mirarle molesto—, ¿Eso significa que vuelve usted a sugerir que he bebido demasiado?

—No, no —se apresuró a negar Slater—. Sólo quiero puntualizar bien las cosas, no se ofenda. Concretamente, ¿quién es el personaje desaparecido de su película?

—Malcolm Lee, el asesino.

Larry enarcó las cejas. Aquello no le decía mucho.

— ¿Cómo es ese personaje?

—Un ser alucinante. Un monstruo. En un accidente se desfiguró su rostro-horriblemente. Y perdió ambas manos. Un cirujano le injerta las manos de un muerto. Y resultan ser las de un criminal, un psicópata. Con esas manos, que poseen vida propia, ajena a la voluntad de él, comete los más espantosos crímenes.

—Vaya peliculita —resopló Larry, pensativo—. ¿Y vamos a verla ahora?

—Sí. ¿Es que le da miedo? —sonrió burlonamente el productor.

—No diga tonterías. Lo que me asombra es la imaginación enfermiza de los guionistas.

—Ellos escriben lo que el público quiere —suspiró Durhan—. Esas películas dan dinero. Mucho dinero. Si viera a la guionista de esa película, no podría imaginar siquiera que fuese capaz de urdir tales monstruosidades.

-¿Es una mujer?

—Sí. Una mujer joven, hermosa, realmente adorable. La antítesis de lo que uno espera que sea una escritora de películas de horror.

—Sigamos con su película, señor Durhan. ¿Qué actor interpreta ese papel? ¿Boris Karloff?

—No, No pude contratarle por estar ahora sujeto a con trato con la Universal para varias producciones continuadas. So interpreta Janos Bélaki.

—También es famoso por sus personajes terroríficos —recordó Larry—. Es húngaro, ¿no?

--Nacionalizado americano —asintió Durhan—. Lleva aquí bastantes años. . *

— ¿Y su personaje es el que ahora no está en la película?

—Exacto. Como si hubiese tenido vida propia... y hubiera escapado del celuloide, Slater.

Larry no. dijo nada. Pero sintió un leve escalofrío. Esa posibilidad era demasiado absurda para tenerla siquiera en cuenta. Sin embargo. Se daba la impresión de estar entrando en un mundo de locos donde todo era posible.

— ¿Interviene en muchas escenas?

—Solamente en cuatro. En ocasiones se vislumbra su sombra solamente, pero entonces lo interpreta un «doble». Después aparece en tres asesinatos. Y en la escena final, con los dos protagonistas.

— ¿Quiénes son los protagonistas?

—Dos veteranos famosos y muy comerciales, Sheldon Fry y Wilma Baker. Es una pareja que atrae gente a las taquillas.

— ¿Sólo participa con ellos dos en esa escena?

—Sí. Sólo con ellos. En las otras tres, corno le digo, aparece cometiendo un asesinato en la persona elegida como víctima. Son escenas de un terror

insuperable, Pero ahora quedan grotescamente vacías al no haber nadie que ataque a las víctimas.

— ¿Quiere decir que los intérpretes a quienes se ve morir en la pantalla, siguen *muriendo igual*... pero *sin* asesino en la escena?

—Exacto. ¿Comprende ahora lo inverosímil de todo esto? Los actores parecen estar viendo allí, ante ellos, al otro personaje. Lo hacen todo exactamente igual en los mismos escenarios y con las mismas luces. Pero la voz ronca, susurrante, del monstruo que encarna Janos Bélaki, no se escucha ya en las bandas sonoras. Ni se ve su espantable rostro, ni sus manos monstruosas...

—De modo que no sólo falta el personaje, sino también el sonido de su voz.

— Exacto. Todo lo que interpretó Bélaki, fuese lo que fuese... no está en la cinta,

--Pero los demás siguen actuando como si estuviera,

—Así es, inaudito, ¿no?

— ¿Ha hablado de eso con sus actores, previamente? —indagó Larry, mientras el coche del productor se adentraba hacia Beverley Hills, levantando cortinas de agua de los grandes charcos.

—Lo he intentado, no localicé a Sheldon Fry ni Wilma; Los demás actores, son un hombre y dos chicas, dos starletss desconocidas, y tendré que ponerme en contacto con mi agente para localizarlos. Mañana me ocuparé de eso. Pero antes he querido hablar con usted, Slater.

— ¿No ha informado de esto a la policía?

— ¡Cielos, no! Me tomarían por loco. Además, ¿en qué ley existe como posible delito la desaparición de alguien que nunca ha existido, como es un personaje de una película, Slater?

—Sí, en eso tiene razón —admitió Larry, ceñudo, encogiéndose en el asiento —. Creo que nunca a ningún detective le presentaron un caso semejante. Y ha tenido que ocurrirme a mí...

—No está obligado a aceptarlo —replicó con cierta acritud su interlocutor—. Pero confío en usted. Estaría dispuesto a pagarle diez mil dólares si en el momento del estreno, la copia de mi película vuelve a estar en condiciones normales.

— ¿Cómo espera que lo haga? ¿Buscando a su diabólico Malcolm Lee en las calles de Hollywood... o metiéndome yo en el celuloide, como Alicia lo hizo a través del espejo (1), para buscar ahí al desaparecido asesino de las manos injertadas?

—No se lo tome a chanza, Slater. Para mí, es un asunto muy importante. Suponen millones en taquilla.

—Perdone. No quería bromear. Pero es un caso tan absurdo, tan disparatado...

—Lo sé. Yo mismo no puedo entenderlo en modo alguno. Es... es como si de repente las cosas no fuesen como tienen que ser. Ya llegamos...

Los faros del coche taladraron la densa cortina de lluvia, reflejándose en los muros de un recinto con puerta enrejada. Sobre ésta, destacaban las letras al brillo de las luces del coche:

MONSTER STUDIOS

Detuvo su coche ante la puerta enrejada y presionó el claxon repentinamente. Una figura borrosa apareció al otro lado de la verja. Se encendió una luz en la garita provista de teléfono que se veía junto a la entrada. Un hombre con uniforme azul oscuro, cubierto por una lona impermeable, escudriñó el interior del coche.

— ¿Quién es a estas horas? —preguntó con aspereza.

—Soy yo, Warren: Selwyn Durhan. Tengo que entrar.

— ¡Señor Durhan! —Exclamó con deferencia- el portero—. No le había reconocido... Pase, por favor.

Pulsó un resorte eléctrico, y la puerta se abrió silenciosamente, permitiendo el paso del automóvil. Desde la garita, el portero alumbró una zona de aparcamiento dentro de los Estudios, justo delante de las edificaciones de los platos de rodaje.

|1) Alusión a Alicia, en su segunda parte, «Al otro lado del espejo», original también de Lewis Carroll, tras su éxito inicial de «En el país de las Maravillas». En esa segunda parte, Alicia penetra en un espejo, al otro lado del cual, conoce un mundo fantástico donde todo es, lógicamente, reflejo del real. (N. del A.)

— ¿No queda nadie dentro, Warren? —quiso saber Durhan mientras aparcaban.

—Nadie prácticamente, señor. Sólo la señorita Colfax en el Departamento de Guionistas, McCoy en montaje y proyección, preparando los positivos de «Amenaza Espacial» y el señor Bélaki en el set número 3.

— ¿Bélaki está ahora aquí? ¿Qué diablos hace a estas horas en el set? —preguntó Durhan sorprendido.

—Lo ignoro, señor. Ya sabe cómo es él de reservado. ¿Debí prohibírselo?

—No, no es eso. Es uno de nuestros primeros actores. Pero me extraña que siga todavía a estas horas...

Aparcó y se encaminaron los dos a uno de los sets, el número 3 precisamente. Por el camino, Larry preguntó a su acompañante:

— ¿Sabe Bélaki lo sucedido con su película?

—No, no sabe nada. No se me ocurrió preguntarle ni in-- formarle, puesto que él es precisamente quien no aparece ahora en las imágenes. Veremos qué le hace permanecer aquí tan tarde...

— ¿Y esa dama que mencionó el portero, la señorita Colfax...?

—Es la guionista de «Dedos de pesadilla», la película en cuestión.

—Oh, entiendo. ¿También es normal que permanezca aquí a estas horas?

—Sí, ella sí. Acostumbra a trabajar hasta muy tarde. Es una gran profesional. Creo que ama su profesión, ésa es la verdad.

Larry no dijo nada. Entraron en el set número 3. Dentro, una serie diferente de decorados, desde un jardín hasta un salón de palacio, se dispersaban por la amplitud del recinto. Sus pisadas resonaron huecas en aquel lugar vacío.

Uno de los decorados, al fondo, aparecía iluminado en parte. Era un cementerio de aspecto gótico, repleto de cruces, tumbas y cipreses. En medio de él, un extraño personaje declamaba, con sus brazos en alto, grandilocuente y teatral. Era un hombre delgado, canoso, de facciones acentuadas y ojos oscuros y brillantes.

— ¿Eh? ¿Quién está ahí? —Preguntó, dejando su declamación al productor—. Oh, ¿es usted, señor Durhan? Perdone que haya dado las luces a este decorado. Estaba ensayando mi papel en «La maldición de la cripta»...

—Está bien, Bélaki, no tiene que disculparse por nada —sonrió el productor —. Puede seguir con su trabajo. He venido a resolver ciertos asuntos. Este caballero es Larry Slater, un amigo. Slater, le presento al famoso Janos Bélaki, el rey del terror.

Larry estrechó la mano del actor. No supo si era impresión suya, o aquella piel estaba fría y húmeda como la de un reptil. El húngaro hizo una inclinación.

—Es un placer —dijo el detective—. Admiré mucho su trabajo en «Terror en la Opera», señor Bélaki.

—Muy amable —sonrió el actor, halagado—. Espero que le guste mucho más mi interpretación en «Dedos de pesadilla». ¿No es cierto, señor Durhan?

El productor y el detective cambiaron una mirada significativa.

—Oh, sí, sí —asintió nerviosamente Durhan—. Estoy seguro de que así será. ¿Vamos, Slater? Usted, Bélaki, prosiga con lo suyo. Buenas noches.

—Buenas noches, señores —les deseó con su inglés de leve acento extranjero al conocido intérprete de personajes terroríficos.

Se alejaron ambos por el set desierto, entre decorados heterogéneos. A sus espaldas, Bélaki siguió declamando su papel. Durhan lanzó un suspiro.

—Si llega a saber la verdad, la da algo —comentó.

— ¿Es vanidoso?

—Todos los actores lo son, Slater. Usted debería saberlo. ¿No fue actor una vez?

—Casi lo he olvidado —rió Larry—, La experiencia fue muy breve y desafortunada.

Salieron del set por otra puerta. Al otro lado de aquella calle de los Monster Studios, un edificio de tres plantas mostraba luz en la segunda, tras unas vidrieras.

—Ahí trabaja ahora Jayne Colfax, en el Departamento de Guiones —explicó Durhan señalando la luz—, Y en la planta alta está la sala de proyecciones. Vamos allá, Slater. Pasaremos parte de la película, si no le importa. En la sala hay bar, de modo que tomaremos algo mientras hago proyectar las bobinas primera, tercera, sexta y última, para que usted vea ciertas escenas, aparte aquellas en que ha desaparecido el personaje de «Malcolm Lee».

— ¿Va a decírselo también a la señorita Colfax?

—Haré algo más que eso. Le pediré que nos acompañe en la proyección. Estoy seguro de que va a llevarse un buen susto, maldita sea.

— ¿Y quién no?

Entraron en el edificio de tres plantas, al llegar a la segunda, Durhan le indicó una puerta vidriera por la que pasaron a una serie de oficinas separadas entre sí por paneles encristalados. Había en los muros fotografías y afiches de diversas películas de la Monster Films, en especial de terror o fantasía... Una sola persona, sentada ante una máquina de escribir, tecleaba en ésta con entusiasmo.

Se aproximaron a ella. Era una muchacha de cabellos color miel, largos y suaves, y al llegar a su lado, Slater comprobó que tenía unos senos pequeños y firmes, y unas bonitas piernas, cruzadas con descuido bajo la mesa.

Al oírles entrar, ella alzó la cabeza y les miró, sorprendida. Sus cejas se arquearon. Tenía los ojos de un peculiar tono violeta con matices dorados. La

nariz era breve y respingona y tenía unos labios carnosos y bien dibujados.

—Señor Durhan... —saludó, confusa—. ¿Usted por aquí a estas horas? ¿Ocurre algo?

—Me temo que sí, Jayne -—dijo seriamente el productor—. ¿Puede dejar su trabajo por esta noche y acompañarnos a una breve proyección?

—Si usted lo desea... —vaciló la muchacha, perpleja.

—Se lo ruego, Jayne. Es importante, créame. Vamos a visionar unas escenas de su último guion filmado, «Dedos de pesadilla».

— ¿Otra vez? Vi anteayer la proyección completa, con los distribuidores de Nueva York, señor Durhan...

— ¿La vio? No lo sabía. Supongo que todo fue bien...

—Por supuesto. Les gustó mucho. Dijeron que se pondrían en contacto con usted para establecer las condiciones del contrato de distribución en la costa atlántica.

—Oh, sí, ya recuerdo —Durhan prestó poca importancia a ese aspecto de la cuestión—. De todos modos, creo que le interesa ver ahora esa película, créame.

—Está bien —ella se encogió de hombros, arrancando el folio de la máquina y uniéndolo a los demás, ya mecanografiados, que guardó en una gaveta y, tras cerrarla con llave, guardó ésta en su bolso, poniéndose en pie—. Ya está. Trabajo en el guion de «La noche de los difuntos», señor Durhan. El guion presentaba algunos problemas y resolví quedarme a trabajar hasta tan tarde.

—Sí, lo imagino. Trabaja usted mucho, Jayne. Ah, permítame que le presente a Larry Slater. Es un buen amigo.

Ambos jóvenes se saludaron cordialmente. Luego, los tres se encaminaron a la tercera planta, donde Durhan llamó a la puerta de un departamento llamado, «de montaje», y pidió a un tal McCoy que les proyectase unas bobinas de «Dedos de pesadilla». Luego, los tres1 se encerraron en una pequeña y confortable salita de proyección con cuatro filas de butacas tapizadas de azul, ante una pantalla no demasiado grande.

Durhan abrió un mueble-bar y sirvió bebidas a sus invitados y para sí mismo. Larry, como él, optó por el whisky. Jayne Colfax eligió un gin lemmon.

—Ahora, vamos a acomodarnos —dijo el productor gravemente—. Y preste mucha atención, Jayne. Me temo' que no le va a gustar nada lo que vea. Y que lo va a entender tan poco como yo mismo...

La luz se apagó en la salita. Zumbó la máquina y comenzó la proyección.

La primera bobina era la exposición del tema. Alucinantes escenas de un accidente fatal, el cuerpo de un hombre cuyo rostro nunca se veía —un «doble» de Bélaki, según murmuró Durhan al oído de Larry—, los muñones de sus manos cortadas, y la aparición de un segundo personaje, un tal Bernard Bixby, convicto de asesinatos diversos, psicópata evidente, agonizando en otro quirófano. Y la idea de un cirujano demencial, de trasplantar ambos miembros a los muñones del herido. Apenas fallecía el otro individuo, unos planos escalofriantes mostraban la disección de ambas manos y su acoplamiento al mutilado.

Vagamente, esa situación le recordaba a Slater el tema de otro viejo film de Peter Lorre, «Las manos de Orlac», pero con un clima y unas variantes infinitamente más sangrientas y estremecedoras. Aun así, no dejaba de ser justamente lo que era: una película estudiada para impresionar al gran público amante de emociones fuertes. •

Después, la proyección saltó a otro rollo. Apareció una escena inexplicable: una jovencita curvilínea y seductora, de rubia melena, se agitaba atacada por «algo» o «alguien» totalmente invisible. Era como si se enfrentase a un espectro, para caer finalmente estrangulada, con una expresión horrible en su rostro.

— ¿Qué es eso1? —Preguntó agudamente la voz de Jayne Colfax—. ¿Dónde está Bélaki en esa escena?

—Espere, Jayne —dijo sordamente Durhan—, No ha visto sino el principio...

Otra escena siguió poco después, en parecidas circunstancias. Esta vez era un hombre quien luchaba contra alguien en un callejón bajo la llovizna. Pero tampoco había nadie ante él, pese a sus forcejeos y expresiones de terror. Parecía aferrarse a la nada. Como si aquella secuencia perteneciera a una nueva versión del «Hombre Invisible». Finalmente, también cayó víctima de su inexistente enemigo.

—Eso no tiene sentido, señor Durhan —protestó Jayne Colfax con vivacidad, agitándose en su asiento—, ¿Para qué han filmado las escenas nuevamente, sin la presencia del personaje de «Malcolm Lee», el asesino?

—Nadie ha filmado nada nuevo, que yo sepa —dijo sombríamente el productor—. Esas son las mismas escenas que se rodaron originalmente.

— ¡Pero si Bélaki no está en ellas —rechazó con estupor,

—Lo sé. Por favor, amiga mía, siga presenciando la proyección, Hablaremos luego de todo ello.

Tras unos nuevos crímenes, cometidos siempre por alguien totalmente invisible, se llegó a la escena cumbre de la película: la secuencia final, donde

debía ser totalmente visible la horrenda fealdad del monstruoso asesino, enfrentado a los dos protagonistas. La escena se inició en lo que representaba un sombrío caserón, con una inevitable tormenta eléctrica en el exterior.

En el momento de aparecer «Malcolm Lee», con sus manos dotadas de vida propia, para atacar a los héroes en pleno clímax del relato, nadie fue visible en escena. Pero sin embargo, Sheldon Fry y Wilma Baker, galán y dama respectivamente, parecían mirar a un sitio determinado, con profundo horror, y dirigirse en el diálogo a alguien que ni contestaba -—aunque ellos continuaran normalmente su diálogo, como si la respuesta hubiera llegado-—, ni aparecía por parte alguna.

—Dios mío, señor Durhan... —musitó la joven guionista poniéndose en pie—, ¿Qué es lo que sucede? ¿Dónde está «Malcolm Lee», dónde Bélaki, que interpreta el papel? Es la misma escena en todos los detalles...pero sin él.

—Exacto, señorita Colfax —murmuró roncamente el productor, volviéndose a ella y dando inesperadamente la luz de la salita de proyección, mientras los fotogramas de la película seguían discurriendo en la pantalla-. El asesino ha desaparecido de la película. Como si nunca hubiera existido. Bélaki no está en el film. Es como si jamás hubiese rodado esta película, aunque ambos sabemos muy bien que sí lo hizo... ¿Usted ve la explicación alguna para que ese personaje no esté en la película?

Inesperadamente, Jayne Colfax reaccionó de modo imprevisible. Lanzó un grito ronco, se puso intensamente pálida... y se desplomó entre ambas filas de butacas.

CAPITULO III

— ¿Se encuentra mejor, señorita Colfax?

—Sí, gracias —musitó ella, mirando agradecida a Larry Slater—, Creo que bastante mejor. Lamento haber sido tan estúpida, señor Slater.

—Oh, no tiene que justificarse. Supongo que por muy habituada que esté a escribir guiones de terror, enfrentarse a una situación así no es nada frecuente ni resulta sencillo aceptarla sin más.

—No es exactamente eso —musitó ella roncamente, con la mirada fija en el vacío.

— ¿No? ¿Qué, entonces?

—Nada —eludió una respuesta, como si le asustara manifestarla—. ¿Y el señor Durhan?

—Está por ahí —se encogió Larry de hombros—. Anda medio trastornado con este asunto.

— ¿Quién es usted, exactamente? ¿Un simple amigo?

—Soy detective privado, señorita Colfax.

—Un detective... —meditó ella, abstraída—, ¿Para qué le ha contratado? ¿A causa de ese asunto de la película?

—Sí. Estoy especializado en buscar personas desaparecidas. Pero jamás busqué a alguien que no existe, a un personaje de ficción impreso en celuloide, que de repente cobra vida propia y se marcha de la película.

La joven se estremeció. Y de pronto dijo algo que sobresaltó a Larry:

— ¿Por qué cree que «Malcolm Lee» no existe?

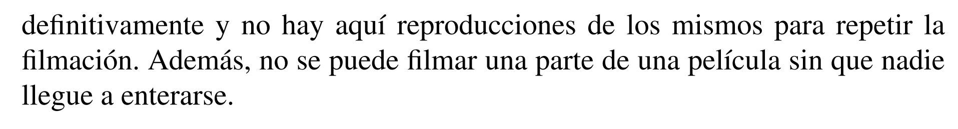
—Bueno, supongo que es un simple personaje fantástico, uno más en un guion... —arguyó Slater, perplejo. La miró, receloso—, ¿O no es así?

—Dejémoslo —suspiró ella, apartando de sí alguna idea que la obsesionaba —. Todo es absurdo. Tiene que tener alguna explicación lógica, supongo.

—Yo también. Pero no veo cuál.

—Los compañeros de Bélaki que trabajan con él tienen que saber algo. …

—Ya se me ha ocurrido esa explicación —asintió Larry—, Pero el señor Durhan no ha podido contactar aún con Sheldon Fry y Wilma Baker. Ni tampoco con las starletts y el actor que interpretaron las escenas de los asesinatos. Pero me dijo que los decorados de esa película está ya destruidos


definitivamente y no hay aquí reproducciones de los mismos para repetir la filmación. Además, no se puede filmar una parte de una película sin que nadie llegue a enterarse.

—Entonces, ¿usted cree que, realmente, mi personaje ha desaparecido? ¿Que escapó de la película grabada en celuloide?

— ¿Existe otra explicación posible?

— ¡Pero eso es un puro disparate, un absurdo sin sentido!

—Lo sé. Pero es lo que parece haber sucedido. De momento, no tiene explicación.

—Para ser una broma resulta demasiado costosa y complicada.

—De acuerdo. Podría ser una maniobra de la competencia para evitar el estreno. Pero tendrían que haber contado, de cualquier modo, con la colaboración de los demás actores, un cámara, un director... No creo que tanta gente pudiese ponerse de acuerdo para traicionar a su productor.

—Además, nadie odia a Selwyn Durhan. Es un hombre duro, enérgico, pero excelente productor y muy comprensivo con todos los que colaboramos con él —objetó Jayne.

—Lo cual nos deja como estábamos antes.

—Sí, es cierto —ensombrecido su bonito rostro, la guionista paseó por el despacho de Durhan, donde fuera conducida por ambos hombres al desvanecerse en la sala de proyección—. ¿Qué piensa hacer para...para encontrar a mi personaje perdido?

—No lo sé —confesó francamente Larry—, Es mi primera experiencia en un caso semejante. Y espero que sea la última.

—No es probable que se repita nunca algo parecido —admitió ella, pensativa, con una sombra profunda nublando sus bellos ojos violáceos de dorados chispazos—. Y dentro de seis días, la película tiene que presentarse en estreno de gala de Hollywood. ¿Qué se puede hacer para evitar el desastre? - —El señor Durhan ha pensado en la desesperada posibilidad de rodar contra reloj las escenas estropeadas, con los mismos intérpretes. Pero, ¿quién nos garantiza que el día del estreno, su curioso personaje no vuelva a hacer una jugarreta largándose de los fotogramas sin decir nada?

—Por Dios, no hable así. Parece usted admitir que mis personajes podrían rebelarse y adquirir vida propia.

—Una teoría algo pirandelliana, es cierto —admitió Larry con una risita—. Pero de momento no hay otra explicación plausible. ¿Se imagina a su

terrorífico «Malcolm Lee» deambulando por ahí, convertido en ser de carne y hueso, con las manos del asesino Bixby, que le guían y obligan; a matar contra su voluntad?

—Cielos, no diga eso —inexplicablemente, ella había palidecido, pese al tono jocoso que hablara el detective—. Es...es espantoso, pensar algo así.

—Debe ser el morbo de estos Estudios —rió Slater de buen humor—. No me haga caso. Yo...

En ese momento, se abrió la puerta del despacho. Ambos se' volvieron hacia ella. En el umbral, un Selwyn Durhan tremendamente pálido y desencajado, con un mechón canoso de cabello barriendo su frente abombada y sudorosa, se encaraba a ellos mirándoles como si viniese de ver a un fantasma.

—Dios del cielo, señor Durhan, ¿qué le ocurre? —preguntó Larry, alarmado —. ¿Ha visto a «Malcolm Lee» paseando por los Estudios?

-—Como broma no tiene ninguna gracia, Slater --replicó Durhan con extraña agresividad—. Ha ocurrido algo espantoso.

— ¿Qué es ello? —indagó la joven guionista, asustada.

—Se trata de...de Sheldon Fry y Wilma Baker, nuestras dos «estrellas» de primera magnitud...—-jadeó roncamente el productor de los Estudios Monster.

— ¿Qué les ocurre? —musitó Jayne, también muy pálida.

—Sheldon está muerto.

— ¡Oh, no, Dios mío!

—Y Wilma Baker está en coma. No saben si saldrá con vida. La internaron en el hospital y fue operada de urgencia. Ahora ha pasado a cuidados intensivos...

—Pero ¿qué ocurrió? —la voz de Jayne Colfax era un murmullo tembloroso.

—Al parecer, un accidente. Un automóvil les arrolló a ambos en la puerta del Star Club, en el centro de Los Ángeles... Nunca podremos saber quizás, a través de alguno de ellos, lo que realmente ha sucedido con esa película...

* * *

La luz del recinto era azul y fría. Todo allí resultaba frío u aséptico hasta causar escalofríos.

El empleado de madrugada abrió un cajón frigorífico y les mostró el cadáver. Durhan cerró los ojos, angustiado. Se retiró con una arcada. Larry, más

habituado a espectáculos desagradables, contempló lo que quedaba de Sheldon Fry, el famoso y ya algo maduro galán.

Realmente, el coche le había arrollado de lleno. Estaba medio desfigurado, con grandes destrozos, aunque se le podía reconocer con cierta facilidad. El funcionario de la Morgue reintegró el cadáver a su sitio y el cajón sonó agriamente en el silencio del depósito.

—Dios, pobre Sheldon —jadeó el productor roncamente—. Morir así...

—Son las cosas del destino —habló el empleado, con la indiferencia propia de quien se limita a ejercer su oficio, aunque sea entre cadáveres—. Ya ve, señor, yo había visto una película de él justamente ayer, en un cine de reestreno. Era un buen actor, la verdad. Y ahora... ya no es nada.

Salieron de allí sin responder al funcionario. Durhan respiró hondo en la calle. Ya no llovía, pero la noche era húmeda y desapacible. El asfalto aparecía lleno de grandes charcos. Caminaron acera adelante, hacia donde les aguardaba Jayne Colfax, sentada en el automóvil.

—Era él, ¿verdad? —preguntó la muchacha.

—Sí, por supuesto —asintió gravemente Durhan—. Ahora iremos al hospital, a ver a Wilma. Aunque supongo que no se la podrá visitar, nos interesaremos por su estado actual.

— ¿Y qué se sabe del coche causante del accidente? — indagó Larry, distraído.

—No lo sé. Cuando llamé a un amigo para saber dónde podía hallar a los dos esta noche, me dio la triste noticia y eso fue todo, Slater. Supongo que en el hospital nos dirán algo sobre todo eso...

Enfilaron por los bulevares céntricos hacia el centro hospitalario donde Wilma Baker había sido internada. Por el camino no cruzaron palabra. Cada uno parecía sumido en sus propios pensamientos.

En el centro médico, tras varias preguntas a enfermeras de turno, localizaron por fin al doctor Merril, que era quien había operado a Wilma Baker. Su respuesta no resultó demasiado optimista:

—Sufre grandes destrozos, especialmente en el hígado y bazo, así como perforaciones abdominales por las costillas rotas. Está gravísima. Perdió mucha sangre además. No creo que sobreviva, a menos que su naturaleza sea excepcionalmente fuerte y pueda resistir esta operación y, muy pasiblemente, una o dos más que será preciso efectuar más adelante.

— ¿Se sabe algo del culpable de este accidente, doctor?

—No sé, señores. Eso no es asunto mío. Yo sólo debo ocuparme de intentar salvar una vida, y eso es lo que estoy haciendo. Pero creo que hay un policía abajo, encargándose de interrogar a un testigo del accidente. Al menos, hace unos minutos les vi en el corredor de Cirugía de Urgencia, esperando los resultados de la intervención.

Les dieron las gracias y se apresuraron a descender con el ascensor a la planta de quirófanos. En el servicio de Urgencias, ciertamente, hallaron a un agente uniformado, apuntando algo en su bloc mientras hablaba con un hombre de mediana edad, aspecto humilde y nerviosos movimientos. Durhan y sus acompañantes se aproximaron a ellos.

—Perdone, agente —dijo Durhan, tendiendo su tarjeta al policía—. Soy Selwyn Durhan, productor de las películas de Sheldon Fry y Wilma Baker. Acabo de enterarme de lo sucedido y he venido a interesarme de los hechos.

—Bien, señor Durhan —el policía la atendió cortésmente—, Lo cierto es que nadie, salvo el señor Healey, aquí presente, vio el accidente, dada la rapidez de los acontecimientos. Las víctimas salían del Star Club, y se disponían a cruzar la acera para ir hacia su coche, cuando un vehículo apareció a" toda velocidad, saltó a la acera y se llevó por delante a la pareja, arrastrándola un trecho y pasándoles luego por encima.

— ¿Escapó el responsable?

—Desgraciadamente, sí, señor Durhan. Pero este testigo, el señor Healey, tuvo la fortuna de ver la matrícula del vehículo y memorizarla. Ahora vamos a comprobar quién es el dueño de ese coche.

Durhan asintió con gesto cansado. Larry Slater, a su vez, miró al llamado Healey y le preguntó, inesperadamente:

— ¿Pudo usted ver al que conducía el coche?

—Sí, señor. Vagamente, pero le vi —afirmó el testigo, dando vueltas a una gorra en sus manos—. Yo trabajo de conserje en un hotel situado al otro lado de la calle y, causalmente en esos momentos, estaba depositando los contenedores de basuras en la calle inmediata. Justo entonces ocurrió todo. La vi con nitidez, aunque todo fue muy rápido.

— ¿Y podría identificar a la persona que llevaba el vehículo?

—Me temo que no —negó el hombre con un suspiro—. Llevaba unas gafas oscuras y un sombrero con ala bajada, eso sí lo vi. Y. como le contaba ahora al agente, me fijé en algo raro de su persona...

— ¿Raro? ¿Qué fue ello? —quiso saber Slater con viveza.

—Sus...sus manos —dijo el testigo—. Eran... muy extrañas.

Instintivamente, Durhan, Jayne Colfax y Slater se miraron entre sí con sobresalto. La joven guionista palideció. Durhan contuvo el aliento. Sólo Larry se mantuvo sereno e indagó, curioso:

— ¿Qué tenían de raro sus manos, señor Healey?

—Bueno, verá... Una de ellas iba enguantada, sujetando el volante... la otra... la otra que luego apoyó también en el volante... brillaba como el acero. Era metálica. Una mano ortopédica, diría yo... como una garra de metal.

Jayne lanzó un leve grito de horror y retrocedió dos pasos, mirando demudada al hombre. El agente la contempló entre curioso y sorprendido. Slater no pasó por alto la extraña reacción de la joven. Pero en vez de dirigirse a ella, siguió preguntando al testigo:

—Hay muchos ex combatientes hoy en día, personas que fueron licenciadas del Ejército por mutilaciones así. ¿Le dio la impresión de que el hombre podía ser uno de esos combatientes e ir, por ejemplo, borracho?

—No. Yo no diría eso, señor —rechazó el llamado Healev—. No era tan joven como un soldado. Juraría que era mayor de treinta o treinta y cinco años. Y parecía totalmente sereno, por lo que pude apreciar. ¿Sabe una cosa? Mi primera impresión fue que se trataba de un accidente provocado... de un asesinato.

—Eso es muy grave,- señor Healey —dijo el policía, pensativo.

—Es sólo una impresión, naturalmente —se apresuró a decir el testigo-—. No pienso afirmar eso de modo oficial en mi declaración, no quiero problemas cuando ese tipo sea localizado, y tener que responder a una demanda por calumnias.

Una enfermera asomó por el pasillo, y avisó al policía:

— ¡Agente McCain! ¡Le llaman al teléfono! Es de su Departamento...

El policía se excusó, ausentándose. Durhan se lamentaba con amargura, apoyado en una pared del corredor hospitalario:

—Primero me arruinan la película... y luego me matan a mis actores principales... Dios mío, ¿qué clase de maldición es ésta?

—De modo que las manos del conductor del coche homicida eran extrañas... -comentaba Larry, mirando con fijeza a Jayne—. Señorita Colfax, ¿por qué le ha asustado eso? ¿Por qué me preguntó en los Estudios si tenía algún motivo para creer que «Malcolm Lee» no existía?

—No me gustaría hablar de eso ahora, señor Slater — musitó ella.

—Pues a mí, sí —replicó Larry con inesperada acritud—. Usted sabe algo,

señorita Colfax. Algo que trata de ocultarnos, pero que le preocupa y le asusta demasiado para mantenerlo solamente para sí misma. Se desmayó al terminar la proyección de las secuencias alteradas... ¿Por qué? ¿A qué teme exactamente?

—Tal vez a un fantasma —susurró Jayne, mirándole con ojos angustiados—. Tal vez a alguien que no existió jamás...

Larry no dijo nada. En ese momento, con aspecto agitado, el policía regresaba junto a ellos. Miró al testigo, ceñudo.

— ¿Podría recordar si el coche homicida era un Chevrolet azul, modelo de 1953?

—No, agente —rechazó el testigo—. Era un Chevrolet, sí. Pero verde oscuro. Y juraría que un modelo más reciente, quizás de este mismo año...

—Diana —suspiró el policía meneando la cabeza—. Sólo quería poner a prueba sus excelentes dotes de observador. Efectivamente, un Chevrolet verde oscuro, matrícula de California coincidente con la que usted nos dio, y modelo de 1954, ha aparecido abandonado en una zona de Bel Air. Corresponde a un coche robado, cuya desaparición denunció su dueño esta misma tarde a última hora...

* * *

—De modo que pudo ser un asesinato.

—Sí. Doble asesinato, frustrado por el momento en la persona de Wilma Baker, si bien con muchas posibilidades de consumarlo en breve plazo, dado su desesperado estado actual.

Larry se dejó caer atrás en el asiento, tras haber dicho esas palabras. Durhan le miró largamente, mientras conducía su coche hacia el aparcamiento cercano al Dark Club, donde dejara Larry su propio vehículo.

— ¿Por qué querría nadie matar a mis dos actores? —se lamentó Durhan.

— ¿Por qué querría nadie hacer desaparecer a un personaje de su película?

Durhan le miró con sobresalto, y casi perdió el control del coche.

— ¿Cree que existe relación entre ambas cosas?

—Sí, lo creo —afirmó Larry—. Otra cosa, resultaría una casualidad demasiado grande. Y yo no creo en casualidades.

—Pero, ¿en qué pueden relacionarse dos hechos así?

—No lo sé. Pero mi instinto profesional me dice eso. ¿Qué sabe usted sobre Jayne Colfax, aparte de que es una escritora eficiente, profesional y muy

laboriosa?

— ¿Jayne? Pues... no mucho. Es una joven sorprendente, porque siento tan bonita y atractiva, nunca pretendió salir ante las cámaras, sino trabajar detrás de ellas. Su primer guion lo vendió a la Warner Brothers cuando tenía solo diecinueve años. Luego la contraté yo, y lleva cinco años con la firma. He filmado al menos una docena de guiones suyos, y ninguno fue un fracaso comercial ni artístico.

— ¿Vive sola?

0 *

—Sí. Es soltera. Y celosa de su vida privada. No le gustan las fiestas ni el mundillo del cine. Ya le he dicho que es una muchacha muy especial. ¿Por qué se preocupa tanto por ella, Slater? ¿Le gusta acaso?

—No me desagrada. Como usted dice, es muy atractiva. También es inteligente, cosa menos frecuente ya. Pero no es del todo sincera en este caso.

— ¿Qué quiere decir?

—Ella sabe algo. Algo que no quiere o no puede decir, no sé lo que ello sea. Y juraría que es algo que tiene muy directa relación con el extraño suceso de su película... y también con ese posible asesino de la mano ortopédica y el atropello de Fry y de Wilma Baker.

—Pero ¿por qué iba a saber ella algo? ¿Y por qué trataría de ocultarlo?

—Eso lo ignoro. Pero me propongo una serie de averiguaciones sobre esa jovencita mañana mismo. Ah, y también me dedicaré a buscar personas de esta ciudad que hayan sufrido una prótesis en sus manos... Usted, señor Durhan, creo que haría bien en ir a dormir. No ganará nada dándole vueltas a sus ideas en la cabeza. Es posible que mañana haya mucho que hacer. De modo que será mejor descansar.

—Recuerde que lo que me interesa es resolver lo de la película. El asunto del atropello está en manos de la policía, Slater.

—Lo sé. Pero ellos investigarán en otra dirección distinta a la mía, eso seguro.

— ¿Tiene alguna idea? ¿Qué es, exactamente, lo que espera encontrar?

--Quisiera saberlo. Pero mucho me temo que mis investigaciones, de momento, sólo se encaminen detrás de un fantasma, de un ser que no existió jamás.

— ¿Quién?

—«Malcolm Lee», el asesino de las manos injertadas —dijo Larry, con una


mezcla de pesimismo y de negro sentido del humor.

CAPITULO IV

Muy de mañana, Larry Slater se puso en contacto con la Agencia de Información Acmé, que dirigía un buen amigo suyo, Brian Every.

Le encargó que reuniera la mayor cantidad de datos posibles sobre Jayne Colfax, de profesión guionista cinematográfico, y luego se dedicó a moverse en otra dirección, tras convenir con Every que llamaría más tarde para saber lo que había averiguado.

Se aseó y vistió, saliendo de casa en dirección al Departamento de Tráfico de la ciudad de Los Ángeles. Ahí le dieron los datos sobre el propietario del Chevrolet, color verde, robado al día anterior. Comprobó que no tenía nada que ver con el mundo del cine, y que era un simple industrial de mediana categoría, casado y con seis hijos. Tras esa diligencia, fue a ver a otro amigo suyo, el teniente Osmond, de la Brigada de Homicidios.

Osmond era un hombre de apariencia casi feroz, pero sólo se trataba de una apariencia. Fornido, de manos grandes y rostro macizo, tenía una cierta semejanza con el actor William Bendix y a él le gustaba que se lo dijeran. Cuando vio aparecer a Larry por su oficina, lanzó un resoplido.

—Cielos, tú —gruñó—. ¿Qué se te ha perdido por aquí, Larry?

—Alguna posible información —comentó él con trivialidad.

—Lo siento. Sabes que no les gusta a los jefes que demos información a los detectives privados. Al capitán Hutton, además, no le caes demasiado bien.

-¿Y a ti?

—Vete al diablo —refunfuñó el policía meneando la cabeza—. ¿Qué es lo que buscas, exactamente?

—Nada especial. Supongo que te habrán pasado a ti el asunto de Sheldon Fry y Wilma Baker...

— ¿Esos dos artistas de cine? —Afirmó con un movimiento de cabeza—. Sí, así es. Pero no está claro si fue homicidio voluntario o accidental.

—Creo que hay un testigo que sí lo vio claro.

—Sólo es un testigo, no el que lleva la encuesta —le recordó agriamente Osmond—. El tipo que conducía pudo estar borracho. O no sabía conducir. Había robado ese coche.

—Lo sé. ¿Hay muchos ladrones en Los Ángeles con mano o manos ortopédicas?

—Ah, eso... —el policía se encogió de hombros—. Tal vez el testigo vio mal.’

—O tal vez no.

—Acabemos, maldita sea. ¿Qué quieres saber, si ya pareces conocer todos los datos?

—Sólo si habéis encontrado algo especial en el coche, como huellas dactilares y cosas así.

—Huellas hay muchísimas: del dueño del coche, de su mujer, de sus hijos. Pero nada más.

—De modo que el ladrón del coche no dejó huellas. ¿Ni siquiera en el volante?

—No. Ninguna —le miró Osmond con ceño fruncido—. ¿Y eso qué? Podía llevar guantes.

—O podía no tener manos.

—No es fácil que un mutilado con manos ortopédicas pueda conducir un coche.

—Lo sé. Por eso me sorprende que lo mencionara el testigo...y que no haya huellas.

—El testigo habló de una mano metálica. Y otra enguantada. Eso no dejaría huellas, claro está.

—Pero una mano metálica sí dejaría arañazos, rasguños en ciertas partes del coche.

Osmond le escudriñó bajo sus espesas cejas y admitió de mala gana:

—Había esos arañazos, Larry. En portezuelas y volante. E incluso el tapizado del asiento delantero estaba ligeramente arañado y con un rasguño algo profundo.

—Vaya, eso es interesante.

—Acabemos, Larry. ¿Por qué te interesa tanto este asunto? ¿Alguno de los atropellados era cliente tuyo?

—No, ninguno. Pero llevo un caso en relación con ellos y con el cine. Por eso me interesa tanto el asunto del atropello.

— ¿Quién es tu cliente y qué investigas, con exactitud? —la pregunta del teniente Osmond era cortante y brusca.

—Preferiría no decírtelo aún, Phil. Está todo muy confuso, y creerías que

estoy chiflado al haber aceptado algo semejante. Pero yo en tu lugar, sospecharía de un doble asesinato perfectamente planeado.

— ¿En qué te fundas para decir eso?

—Es evidente, Phil: un mutilado con mano o manos ortopédicas, roba un coche. Lo conduce bajo la lluvia y lo lanza en plena noche sobre una pareja que sale de un local nocturno. Para ello debe saltar a la acera, arrollarlos y huir sin pérdida de tiempo. Todo eso lo hace con extraordinaria prontitud, abandonando luego el coche a mucha distancia del lugar del suceso. ¿No suena todo ello a un plan bien calculado?

—Puede que tengas razón. Pero ¿quién querría matar a esos dos artistas? Ya eran bastante veteranos, no tenían conflictos sentimentales salvo entre sí mismos, ya que al parecer íes ocurría como a Spencer Tracy y Katherine Hepburn. Ánimos se amaban el uno al otro, en un largo idilio al margen de los convencionalismos y publicidad de Hollywood. Un romance íntimo, en una ciudad donde todo es público. ¿Quién desearía la muerte de dos personas semejantes, Larry?

—Eso no lo sé, Phil, y te juro que digo la verdad — suspiró Slater, dirigiéndose a la salida—, Pero intentaré dar con el que conducía ese coche, te lo prometo.

—Si sabes algo, avísanos —le recordó el teniente de Homicidios—. Ocultar pruebas es un delito, por si lo has olvidado, sabueso.

—Tengo muy buena memoria, Phil —sonrió Larry amargamente, saliendo de la oficina.

Su inmediata visita aquella mañana fue al Centro de Rehabilitación de Inválidos de Guerra, donde solicitó un informe completo con nombres y direcciones de los actuales ex combatientes licenciados del Ejército o la Armada por mutilación de una o dos de sus manos, Posteriormente, pasó por varios centros hospitalarios de la ciudad, para pedir la misma información sobre personal civil que en los últimos años hubiera sufrido amputación de alguna de sus manos y la correspondiente prótesis ortopédica. No se olvidó de pasar por el recinto clínico donde estaba internada Wilma Baker, interesándose por su salud.

Se le informó de que continuaba igual, en cuidados intensivos, y su estado seguía siendo extremadamente grave. No había vuelto en sí, ni estaba capacitada para ser visitada, y menos aún para poder responder a pregunta alguna.

Cansado de tanto ajetreo, se detuvo en un bar a tomar un par de emparedados con café. Llamó a su amigo Every, pero aún no había llegado a la oficina con sus informes. Hizo otra llamada a Selwyn Durhan. Su voz somnolienta sonó al

otro lado del hilo:

— ¿Quién me llama?

—Soy yo, Slater. Lamento haberle interrumpido el sueño.

—No importa. Tardé mucho en dormirme esta madrugada. Tengo pesadillas con Sheldon y Wilma frecuentemente, no puedo evitarlo —captó el tono cansado de su voz—. ¿Algo nuevo, Slater?

—Nada aún. Ya he tendido mis redes, sin embargo, a la espera de cazar una mosca... o un moscardón. Veremos. De todos modos, parece confirmarse lo que dijo el testigo de un accidente: un hombre con una mano ortopédica, cuando menos, conducía el coche.

— ¿Pero usted se ocupa de ese atropello o de mi asunto, Slater?

—Ya le dije que creo que ambas cosas se relacionan de algún modo. ¿Recuerda que iba a preguntar a sus actores cómo era posible la existencia de esas escenas sin el personaje de «Malcolm Lee» en la filmación? Pues ese suceso le impedirá posiblemente saberlo nunca a través de ellos si, como temo, Wilma Baker fallece también. Sigue estando muy mal. En coma y sin poder hablar, señor Durhan.

—Cielos... Pero ¿qué es lo que está ocurriendo, entonces?

—Lo ignoro. Sea lo que sea, sospecho que algo mucho más terrorífico en realidad que todos los guiones imaginados por sus guionistas. A propósito, ¿recuerda cómo surgió la idea de escribir ese guion, «Dedos de pesadilla»?

—Pues... como todas las ideas, supongo. Un día, Jayne me dijo que había reunido una serie de ideas para un argumento estremecedor que podía dar mucho juego, y yo consideré que era muy aceptable y valía la pena lanzarse a realizarlo.

— ¿Cuánto tiempo hará de eso, aproximadamente?

—Pues... cosa de un año, diría yo. Luego llevó unos meses preparar el guion, retocarlo y tenerlo listo para rodaje. Se filmó la película en unos cinco mesas... Sí, creo que un año, día más o menos. ¿Por qué insiste tanto sobre ése tema, Slater?

—Porque, a fin de cuentas, todo tiene su origen en ese guion. Jayne Colfax creó un personaje que, de repente, desaparece de la película, una vez filmada, como si hubiese cortado vida propia y escapado del celuloide, cosa que ambos sabemos es absolutamente imposible. Después, un hombre con una mano ortopédica, o quizá las dos, porque la otra solo se la vio el testigo cubierta por un guante, lanza su coche contra los protagonistas de esa película con la intención evidente de arrollarles a ambos. ¿No cree que hay un nexo m todo

ello, por fantástico que pueda parecer?

— ¿Se refiere a... las manos del asesino? ¿Al hecho de andar por medio un mutilado?

—Esa es una de las razones. Señor Durhan, yo que usted procuraría ponerme en contacto cuanto antes con las starletts y el actor que interpretaron los papeles de víctima de «Malcolm Lee» en la película, con o sin él en escena. Encuéntrelos como sea y averigüe lo que puedan contarle.

—Sí, lo voy a intentar ahora mismo, Slater.

—Mientras tanto, yo seguiré mi propio itinerario. Por cierto, ¿quién dirigió su película, señor Durhan?

—Mi mejor director: Morgan Wayne.

— ¿Y quién fue el cámara?

—Helmut Keller, de la ASC. Un gran director de fotografía, Slater.

—Muy bien. Le llamaré cuando sepa algo. Llámeme usted en cuanto haya localizado a alguna de sus starletts o al actor. Buenos días.

Colgó, pensativo, abandonando la cabina telefónica. No le costó dar con las señas de Morgan Wayne. Lo que ignoraba es que esa visita suya iba a servir para matar dos pájaros de un tiro.

Morgan Wayne, el director cinematográfico, especializado en temas de terror para la Monster Films, estaba en compañía de un caballero muy rubio, de pelo a cepillo y aspecto teutón, que resultó ser Helmut Keller, el cámara. Ambos saludaron a Larry con ciertas reservas, aunque se mostraron más corteses al saber que venía de parte de Selwyn Durhan.

—Estamos trabajando en los proyectos previos de una película para la Fox —le explicó el director amablemente, mostrándole un voluminoso guion y una serie de bocetos y apuntes de encuadres y fotogramas en unas hojas de papel —. Era un contrato que ambos teníamos previamente firmado con la marca, una película «negra» con Dana Andrews y varias figuras más del género. ¿A qué debo el honor de su visita, señor Slater?

Larry comenzó a hablar, notando fijas en sí las miradas de los dos hombres.

—Es un asunto difícil de exponer, señores —manifestó—. Se trata de su última película, «Dedos de pesadilla».

—Oh, eso... —Wayne Afirmó—. Un buen trabajo profesional. El señor Keller también ha colaborado conmigo en ese film. Una magnífica fotografía la suya. Creo que es la primera vez que hemos dado categoría a un relato de simple terror.

—Estoy de acuerdo —asintió Helmut Keller con su fuerte acento germano-—. Creo que el señor Durhan va a tener un éxito muy grande con esa película.

—Me temo que no sea así —objetó Larry suavemente.

— ¿Puedo preguntarle a qué vienen esos temores? —indagó Wayne, señudo.

—Sí, señores. Ha ocurrido algo fantástico. Algo absurdo e inexplicable. Su película ha sufrido una alteración incomprensible en buena lógica.

— ¿A qué se refiere? —Se alarmó Wayne—. No les habrá ocurrido nada a copias y negativos...

—No está destruido el film, si se refiere a eso. Pero es como si lo estuviera. En las copias positivadas, e incluso en el negativo original... falta un personaje.

— ¿Qué? —masculló Wayne, mirándole como si estuviera loco.

—Temo no entender nada —añadió Keller, seco—. ¿Es una broma?

—Qué más quisiera. Señores, algo le ha ocurrido a la película. Algo demencial. Todo el guion es el mismo. Y las situaciones, el diálogo... Todo. Menos un hecho fundamental: en las escenas en que aparece el asesino, el personaje «Malcolm Lee», interpretado por Janos Bélaki... el personaje no está. Los demás, sí. Todo sucede lo mismo. Pero ni hay diálogo de «Malcolm Lee»... ni imagen de éste. Es como si nunca hubiera estado en la película, como si la hubiesen filmado ustedes con el hombre invisible, pongamos por caso.

— ¡Eso es un disparate, Señor Slater! —protestó Wayne, airado —. Sencillamente, no puede ocurrir.

—Pero ha ocurrido —señaló al teléfono—. Llamen al señor Durhan. Les confirmará lo mismo que yo les digo. La película no puede estrenarse así. Anoche asistí a la proyección del film. Las escenas de horror resultaban así totalmente absurdas y sin sentido.

Morgan Wayne no dijo nada. Excitado, fue al teléfono. Lo descolgó y marcó un número. Habló roncamente con Durhan. Larry le vio palidecer luego, Wayne colgó y cruzó una larga mirada con los azules ojos del cámara Helmut Keller.

—Dios mío... —jadeó—. Es cierto, Keller. Lo que dice este hombre... es totalmente cierto.

Keller se derrumbó en una silla moviendo la cabeza con estupor. Wayne paseó por el living de su casa de Burbank, agitado y confuso. Evidentemente, le costaba admitir lo que estaba sucediendo, y Larry-no le culpaba por ello.

—No tiene sentido alguno... No puede ocurrir —trataba de convencerse a sí mismo, hablando en voz alta en un monólogo exaltado—. Una película es una película. Lo que se imprime en celuloide queda ahí. Si no se vela la imagen, nadie puede salir de los fotogramas y desaparecer...

Se detuvo en sus paseos, miró a Larry Slater y masculló:

—Espero, al menos, que hasta aclarar ese disparate, Durhan habrá pensado ya en rodar de nuevo esas escenas, aunque sea a toda prisa, y salir del apuro...

—Lo tenía pensado, sí —suspiró Slater—. Pero olviden esta solución, señores.

— ¿Por qué? —se alarmó Wayne.

—Sheldon Fry fue arrollado y muerto anoche por un automóvil. También Wilma Baker, que está en coma, en estado desesperado. ¿Quién podría interpretar ahora sus papeles en toda la película? Me temo que no haya tanto tiempo como para eso...

—Cielos... —lívido, Wayne se desplomó en un sofá. Keller parecía tener el rostro tallado en yeso, tal era su blancura en esos momentos—. Muerto Fry... agonizando Wilma. ¿Pero qué está ocurriendo aquí?

—No lo sabemos —confesó Slater—. Algo siniestro y horrible, sin duda alguna. Bien señores, me temo que no van a poder serme de mucha ayuda, dado su aspecto en estos momentos. Si saben algo más tarde, cuando se serenen, pueden llamarme a mi casa o a mi oficina. Ambos teléfonos figuran en mi tarjeta. Me interesaría mucho, sobre todo, conocer detalles del rodaje, alguna anécdota que pueda recordar, si es que tienen interés. En fin, todo lo relativo a la película... y al personaje de «Malcolm Lee». Después de todo, es el monstruo de las manos injertadas el que falta de la película. Y también alguien con una mano ortopédica cuando menos, conducía el coche que arrolló a los dos artistas.

Se encaminó a la salida con andar parsimonioso. Keller reunió energías para dirigirle una pregunta:

— ¿Por qué vino a vernos? ¿Sólo para informarnos de lo sucedido?

—No, señor Keller —confesó Larry desde la salida—. Vine a verles por si ustedes habían participado de alguna forma en el rodaje de unas escenas repetidas... pero sin el personaje de «Malcolm Lee» en el plato.

— ¡Qué absurdo! —Rechazó el cámara—. ¿Por qué habríamos de hacer Wayne y yo algo así, señor Slater?

—Sí, eso es ridículo —jadeó el director cinematográfico—. No sabíamos nada en absoluto de todo eso. Ni jamás se filmó nada que no estuviera eh la copia

standard...

—Gracias por el informe —dijo suavemente Slater, cerrando tras de sí al salir.

Abandonó la zona residencial de Burbank, regresando al centro de Los Ángeles. Se detuvo en una cabina para llamar de nuevo a Brian Every. Esta vez le halló en la agencia. Y había noticias para él.

—Ya tengo lo que me pediste —dijo su amigo—. Todo lo relativo a Jayne Colfax, desde su nacimiento hasta ahora. No es una vida demasiado apasionante, la verdad.

—Tampoco la esperaba, Brian. Me bastará con lo que tengas. ¿Puedes enviármelo con un recadero a mi oficina? Estaré allí dentro de un par de horas.

—Claro. Cuenta con ello.

—Gracias. Envíame también la cuenta. Te remitiré el cheque.

Colgó, volviendo a marcar un número. Esta vez llamó al teléfono de Jayne Colfax en persona. Nadie respondió a sus llamadas. Imaginó que la joven estaría en los Estudios Monster, como siempre, trabajando incansablemente, y llamó a la centralita de la productora. Se sorprendió al ser informado de que aquel día, Jayne no había ido .aún por el Departamento de Guiones. Pensativo, dejó la cabina, regresando a su coche, y se dirigió al Centro de Rehabilitación de Inválidos de Guerra.

Ya tenía la lista confeccionada. Agradeció el favor, dando un donativo para los servicios de asistencia a la invalidez de los jóvenes ex-combatientes. Luego, mientras se dirigía a los centros hospitalarios visitados con anterioridad, iba repasando la lista mecanografiada, extendida sobre el asiento inmediato, sin encontrar en aquellos simples nombres nada especial.

Poco más tarde había, recogido ya seis listas de hospitales, con casos de mutilaciones de manos en los últimos años. Guardó todo aquel material, y regresó a su oficina, para atender unos cuantos asuntos más triviales que tenía abandonados desde que la noche anterior le llamara con tanto apremio Selwyn Durhan.

Estaba ultimando su trabajo cuando llegó un emisario de la agencia de Brian con un sobre cerrado. Larry le dio una propina y regresó a su mesa, abriendo el sobre de papel de manila, para extraer una fotografía de superficie brillante, con una fotografía muy cinematográfica de Jayne Colfax, a la que iban adheridos unos cinco o seis folios mecanografiados, unidos con una grapa.

Leyó con rapidez la biografía de la joven guionista. Como dijera Brian, no era una vida apasionante ni llena de emociones. Jayne había nacido en San Diego, estudió con buenas notas y luego se especializó en el estudio de Literatura

Inglesa. Posteriormente publicó algunos trabajos en revistas y magazines, desde ensayos hasta cuentos cortos, trasladándose a Hollywood a los dieciocho años. Allí trabajó en unas oficinas, mientras intentaba colocar su primer guion en alguna productora. Hasta el tercer guion, no tuvo éxito. Y aun eso, porque coincidió varias veces con un productor de la Warner en el restaurante donde comía, sin saberlo siquiera. Ese hombre logró que leyeran en la productora el guion, y fue aceptado con asombrosa facilidad.

Posteriormente, como la Warner no se decidía a contratarla como guionista exclusiva, la Monster Films descubrió a la muchacha y le ofreció un buen contrato que ella firmó, pasando a trabajar para Selwyn Durhan. Con él había hecho durante cinco años doce películas del mismo género: terror. «Dedos de pesadilla» era la decimotercera.

Larry se dijo que la superstición sobre el número trece se confirmaba en este caso. Siguió leyendo el informe, sin encontrar nada de especial interés. Jayne había acostumbrado a pasar todos los años de sus vacaciones en una casa en la playa de Dana Point, no lejos de San Clemente, en un lugar muy tranquilo y apacible. Pero desde el año anterior, había cambiado de lugar, escogiendo un sitio más frecuentado, en Malibú. Allí no se daban razones para ese cambio. Larry anotó mentalmente que ello había sucedido después de escribir ella el guion de «Dedos de pesadilla».

Carecía de romances, no tenía novio forma) y se la consideraba una persona seria y responsable. Su familia, de clase modesta, seguía residiendo en San Diego, en una pequeña granja, donde ella naciera. Ella les pasaba al parecer una importante suma mensual para ayudarles a vivir mejor.

—Esta chica es demasiado limpia para el tiempo en que vivimos —comentó Larry, con cierto desencanto, al terminar la lectura del informe—. Un auténtico mirlo blanco.

El teléfono sonó en ese momento. Alargó el brazo, descolgándole.

—Larry Slater —dijo cansadamente—. ¿Quién llama?

—Soy yo, Slater —la voz dé Durhan sonaba muy agitada—, Localicé esta misma mañana a una de las chicas, a una starletts llamada Alice Jackson, con domicilio en unos apartamentos de Pasadena.

— ¿Y bien? —bostezó Larry, aunque incorporándose con cierto interés en la voz.

—Verá, Slater...—el tono de Durhan se hizo crispado—. Es horrible... la chica... está muerta.

— ¿Qué? —Larry pegó un respingo, casi cayéndose del asiento—. ¿Qué dice?

—Lo que ha oído. Se puso al teléfono un agente de policía al parecer, esa

pobre chica tomó anoche demasiados barbitúricos, debió sufrir una depresión... y se colgó de una soga, hasta morir...

CAPITULO V

Larry Slater contempló el lugar donde aún pendía un grueso cordón rojo, balanceándose siniestramente a impulsos de una corriente de aire.

El cuerpo, descolgado con premura por quien la halló muerta —la mujer de la limpieza de los apartamentos—, aparecía en el suelo, tapado por una sábana. Una ambulancia iba a recogerlo de un momento a otro. Varios agentes de uniforme examinaban el apartamento minuciosamente y, un funcionario de paisano tomaba notas en un bloc.

— ¿Conocía usted a la víctima? —le espetó a Larry apenas asomó por la puerta.

—No, en absoluto —negó él.

— ¿Entonces qué viene a hacer aquí?

—Soy detective privado. Llevo un caso relacionado con ella.

— ¿Relacionado en qué sentido? —indagó el policía, ceñudo.

—Sería largo de contar —evadió Larry—, ¿Es seguro que ella se suicidó?

—No nos caben muchas dudas sobre eso. Vea las pastillas de barbitúricos, y la nota que ella comenzó a escribir...

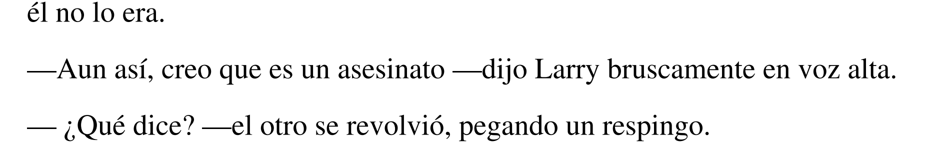
Larry miró adonde le señalaba el policía. Descubrió un frasco de tabletas abiertas y parte de éstas desparramadas por la mesa y el suelo. Leyó el nombre del fármaco. Era un potente barbitúrico despachado con receta médica de un tal doctor Lehman. El frasco era de veinte tabletas. Contó con rapidez las que veía: exactamente doce. Faltaban ocho. Cuatro era suficientes para abatir a un toro.

—Quería morir. Pero sin, duda estaba habituada a somníferos y no le hacía tanto efecto ni tan rápido como imaginó —explicaba monótonamente el policía de paisano—. Entonces pasó el cordón de un cortinaje por ese gancho de metal del techo, de donde colgaba antes una lámpara, y se ahorcó.

Larry no le hacía caso. Pasó sus ojos por la nota apoyada en un vaso. Era un papel de cartas color crema, perfumado. Una letra torpe y desigual había llegado a escribir parte de un mensaje póstumo:

«No culpen a nadie de mi final. Estoy cansada de todo. Creo que es mejor terminar y...»

Eso era todo. Ni siquiera había llegado a firmar. Larry estudió la letra. Podía ser de ella o no. Casi todos los artistas de cine tenían una caligrafía semejante, casi en serie. Era difícil advertir las diferencias, salvo si uno era grafólogo. Y



él no lo era.

—Aun así, creo que es un asesinato —dijo Larry bruscamente en voz alta.

— ¿Qué dice? —el otro se revolvió, pegando un respingo.

—Lo que oye, amigo. No creo que la chica se suicidara. Esas pastillas la debieron dejar dormida. Y quien se las hizo tragar, la colgó luego tranquilamente.

—Es usted muy listo —dijo con sarcasmo el policía—, ¿Y quién escribió la nota?

—Cualquiera. El propio asesino, sin duda.

Y sin usar sus dedos, tomó unas pinzas de una caja de manicura de la muerta, y recogió de encima de la mesa la pluma que se utilizara para escribir la nota. Era una estilográfica jaspeada, con clip de oro. También la punta era de oro. Trazó una raya sobre un papel. Era tinta azul oscura, como la de la nota. El policía se irritó.

II

— ¿Qué diablos está haciendo? —farfulló, yendo hacia él.

—Vea esta pluma, amigo —dijo Larry, imperturbable.

—Ya la veo. ¿Y qué le pasa? Es como todas las demás...

—En efecto, lo es. Pero vea usted su superficie. Está arañada.

— ¿Qué diablos tiene eso que ver?

—Para usted, quizás nada —suspiró Larry—, Para mí, mucho. Vea los arañazos. Son justamente en el punto donde se empuña habitualmente la pluma. ¿Puedo ver el cadáver de la infortunada Alice Jackson?

Una ambulancia sonó en la calle. El policía se encogió de hombros.

—Mírelo, si quiere. Ya se lo van a llevar, de modo que vaya deprisa.

—Es sólo un momento. Quiero ver sus uñas, simplemente.

— ¿Sus uñas? ¿Para qué?

Larry no contestó. Apartó la sábana. Se estremeció. Era una muchachita rubia, artificial por supuesto, con un bonito cuerpo y un rostro bello aunque semejante a tantos otros de Hollywood. La señal del cordón aparecía en su cuello. La asfixia había amoratado su rostro. Pero no tenía gesto crispado o de dolor.

Eso le confirmó en su idea: la starlet había muerto sin sentir daño, sin

despertar. Nadie muere así si se ahorca por sí mismo. Estudió sus uñas. Más bien cortas, redondeadas, bien manicuradas. No eran uñas capaces de dejar rasguños en una pluma.

—Lo que imaginaba —dijo sordamente Larry, incorporándose y tapando el cuerpo femenino—. Asesinato.

—Está usted loco. Lárguese antes de que me enfade y lo eche a patadas —amenazó el policía de paisano.

—Ya me voy —dijo Slater, encogiéndose de hombros—. Pero hablaré con el teniente Osmond, de Homicidios. Alice Jackson fue asesinada. Por alguien que dejó la pluma llena de arañazos y rasguños profundos. Yo diría que por alguien con una mano ortopédica, de dedos metálicos...

Y salió, dejando estupefacto y malhumorado al funcionario policial.

* * *

— ¿Quiénes son los otros actores, señor Durhan? ¿Quiénes las starletts, quién el actor que hizo de víctima en su película? Es absolutamente preciso dar con ellos lo antes posible... o todos morirán a manos del mismo asesino.

—Pero Slater, eso es una teoría fantástica... —protestó el productor, alarmado.

—Todo lo que está sucediendo aquí, desde que usted perdió a su personaje en el celuloide ya impreso, es fantástico y demencial. No pida lógica a las cosas. Lo único cierto, y lleno de una aplastante lógica, es que todos cuantos han compartido una escena con el personaje desaparecido, están muriendo o siendo atacados con ansias homicidas. Tiene ya a Sheldon Fry, a Wilma Baker... y ahora a Alice Jackson. No pueden ser coincidencias, señor Durhan, porque eso sería aún más increíble que la misma realidad de los hechos.

—Un fantasma de celuloide, un ser que no existe, no puede matar en la vida real, Slater. ¡Malcolm Lee» sólo existió en unas hojas de papel, en unos fotogramas rodados en mis Estudios!...

—Quizás. Pero un asesino con unas manos muy extrañas también, está matando ahora a cuantos compartieron honores estelares con «Malcolm Lee» en esas escenas de violencia y de sangre.

—Lo de Sheldon y Wilma pudo ser accidental, lo de Alice un suicidio... —protestó débilmente Durhan.

—Claro. Y yo soy Simbad, el Marino —dijo con sarcasmo Larry—, Vamos, no trate de ver el lado bueno de las cosas, sino el auténtico, por malo que sea. Estamos metidos en un asunto demencial, pero lo cierto es que dos personas han muerto ya violentamente, y una tercera está en coma, a punto de morir. Su película está arruinada porque una persona ha desaparecido, pero lo malo es

que también están desapareciendo los actores que participaron en la historia. Por eso he venido a verle apenas vi el apartamento de esa starlet infortunada. El asesino la halló antes que usted. Si se repite el hecho con las otras dos y con el actor, habrá más vidas en peligro, no lo dude.

—Mi agente está buscando en los ficheros sus datos. De un momento a otro sabremos dónde localizarlas... El asesino no puede estar tan bien informado como nosotros.

—Pues hasta ahora lo está. ¿Ha localizado a Jayne Colfax?

. —No. No está en su casa ni en los Estudios.

— ¿Eso es normal en ella?

—La verdad... no. Si falta por alguna razón, avisa previamente.

—Sólo nos falta que ahora desaparezca ella.

— ¿Cree que corre peligro también? —se inquietó Durhan, muy pálido.

—Es posible, señor Durhan, pero no estoy seguro de nada. De momento, sólo pienso que ella sabe algo que no quiere decirnos. Y tengo interés en obligarla a hablar, sea como sea.

—Jayne no puede haber hecho nada malo, Slater, podría jurarlo.

—No he dicho eso. Lo que me pregunto es por qué no quiso hablar anoche y se guardó para sí algo que sólo ella conoce, en relación con este asunto —Larry se frotó el mentón y paseó excitado. De repente, le disparó una pregunta al productor—: ¿Notó algo raro en Jayne cuando pasó sus vacaciones por última vez en Dana Point, que creo fue en víspera de iniciar su guion de «Dedos de pesadilla»?

—Pues... no, la verdad —Durban se mostró extrañado—. No recuerdo nada especial al respecto. Quizás... sí, espere. Quizás que estaba algo más taciturna que de costumbre. Recuerdo haberle comentado que las vacaciones no le habían sentado demasiado bien. No comentó nada, pero me dijo que pensaba cambiar de sitio para veranear. ¿Por qué pregunta eso, Slater?

—Es una simple idea. ¿Volvió a verla taciturna cuando fue este año a Malibú?

—No, ya no. Sin embargo, creo que le duró ese cambio de carácter casi hasta terminar el guion. Yo lo atribuí entonces a la fatiga de su trabajo. Dígame, Slater, ¿qué es lo que sospecha usted?

—Nada concreto. Tengo que hacer algunas averiguaciones todavía, señor Durhan —caminó hacia la puerta—. Usted acelere la localización de esos artistas. Necesitamos encontrarlos antes que nadie. Es cuestión de vida o muerte, si no estoy equivocado en mí teoría.

— ¿Adónde va ahora? —quiso saber Durhan.

—A Dama Point —dijo Larry—, Al mismo sitio donde pasaba sus vacaciones Jayne Colfax, amigo mío.

* * *

Las gaviotas chillaban en la distancia. La franja de arena era larga y solitaria. La lluvia de los días anteriores había dejado la arena mojada y con charcos todavía sin secar. El mar estaba agitado y el oleaje era más fuerte de lo normal.

Larry contempló la casa de la playa, con la autopista 101 a sus espaldas, y la escalera de madera descendiendo a la arena desde la amplia terraza asomaba al mar.

No había sido difícil dar con el bungalow, gracias a los informes que Brian le facilitara de Jayne Colfax. La casa mostraba un rótulo con el «se alquila» bien visible. Había polvo en los cristales, y señales de estar totalmente vacía desde hacía algún tiempo. Ciertamente, la zona era demasiado solitaria para que nadie quisiera pasar allí sus fechas de descanso. De noche, el lugar debía de resultar completamente inhóspito. Sólo una persona ansiosa de sosiego y silencio elegiría aquella casa, aunque en las noches el ruido del mar debía de resultar irritante.

Recorrió la zona. La vivienda más próxima, distaba cosa de doscientas yardas de la que fuera residencia de descanso de Jayne. Era muy parecida, aunque más pequeña y menos próxima a la autopista. También daba directamente a la arena.

Se acercó a ella. El mismo cartel, «Se alquila», claveteado en las maderas del porche, junto con un teléfono de una inmobiliaria de Los Ángeles. Larry anotó el número en una agenda, recorrió la zona un poco más, y se encaminó a la carretera de nuevo.

Un indicador llamó su atención de inmediato. En él, una flecha azul señalaba hacia un punto, en dirección a Santa Ana con la siguiente indicación:

«A ORANGE COUNTY HOSPITAL, UNA MILLA»

Larry arrugó el ceño. Se frotó el mentón, reflexionando. Subió a su coche y enfiló la autopista. Se desvió en la siguiente bifurcación, tomando la ruta de Santa Ana.

Entre San Diego Freeway y El Toro Road, apareció ante los ojos de Larry un edificio blanco, pulcro y cuadrangular, rodeado de césped y senderos asfaltados. La cerca en torno, mostraba un rectángulo en bronce con letras en relieve:

ORANGE COUNTY HOSPITAL

Aparcó junto a un rectángulo de césped y unos árboles que prestaban cierta sombra suave en el acceso al centro hospitalario. No lejos de allí se veían algunos ranchos de aspecto típicamente colonial, salpicando una cercana colina. En algunos puntos del paraje se veían aún los charcos de las recientes lluvias torrenciales, no demasiado frecuentes en la costa californiana.

Se encaminó a recepción, pidiendo por el director de traumatología del centro. La enfermera le envió a la segunda planta del edificio, a la consulta del doctor Leslie F. Brown.

Llegó allí, siendo recibido por una enfermera que le rogó esperase a que el doctor Brown terminase con una tarea urgente. Larry se acomodó en un sillón de cromo y cuero, dispuesto a aguardar. Eligió una revista de una mesita que, para no cambiar la costumbre, era atrasada y falta de todo interés.

Por fortuna para su aburrimiento, cosa de diez minutos más tarde, la enfermera le llamó desde otra puerta de la antesala:

—Señor Slater, por favor. El doctor Brown le espera.

Dando las gracias, Larry entró en la consulta. Se llevó una leve sorpresa. El doctor Brown tenía ojos azules, pelo dorado y unas piernas preciosas. Naturalmente, era una mujer. Una mujer alta, vestida impecablemente de blanco, con una sonrisa fría y profesional en sus labios gordezuelos, que hubiera podido servir para anunciar cualquier dentífrico.

—Siéntese, señor Slater, por favor —le pidió ella cortésmente tras estrechar su mano con la decisión de un hombre—. ¿A qué debo el honor de su visita?

Larry se acomodó, rechazando los cigarrillos que ella le ofrecía. Tampoco la doctora fumó, limitándose a cerrar la caja plateada de tabaco y mirarle atentamente.

—Tengo entendido que usted dirige la sección de traumatología de este hospital —comenzó Larry.

—Así es.

—Y supongo que, en casos de máxima urgencia, usted se ocupará de casos de amputaciones...

—Si las circunstancias lo exigen, por supuesto —los ojos azules se entornaron, sin desviarse un ápice de él—. ¿Por qué lo pregunta?

Larry le tendió su tarjeta. Mientras ella la examinaba críticamente, explicó:

—Como ve, soy investigador privado. Mi cliente es un importante hombre de negocios cinematográficos de Hollywood.

—Tenía entendido que a esa gente sólo le preocupaba la cirugía plástica —sonrió con ironía la doctora Brown.

—Yo también lo pensaba así —se echó a reír suavemente Larry—, Pero tienen otros problemas. Por eso estoy ahora aquí, doctora.

— ¿En qué puedo ayudarle, concretamente? ¿Alguna demanda por accidente o algo así?

—Ojalá fuese tan sencillo —resopló Larry. Meneó la cabeza con desaliento, mirando el paisaje de las colinas, a través de la ventana situada a espaldas de la doctora—. No voy i relatarle todos los hechos porque me tomaría por chiflado, y quizás no le faltase razón. A veces me pregunto si mantengo el equilibrio mental, a pesar de todo.

—Sigo sin entenderle, señor Slater...

—Perdone. Estaba divagando —Larry hizo un gesto ambiguo—. Estoy buscando a una persona con manos posiblemente artificiales. O al menos, una de ellas. Alguien que sufrió una amputación y que tal vez pudo ser tratado aquí de ella en alguna forma.

—Entiendo —los ojos de ella se mostraron cautelosos— . ¿Sabe el nombre?

—No. Ni siquiera sé si existe ese paciente, doctora.

— ¿Fecha aproximada? —Hum Quizás hace un año. O dos. Tal vez más. Pero no menos de un año.

—No son muchos los datos que me facilita.

—Lo sé. No poseo demasiados, la verdad.

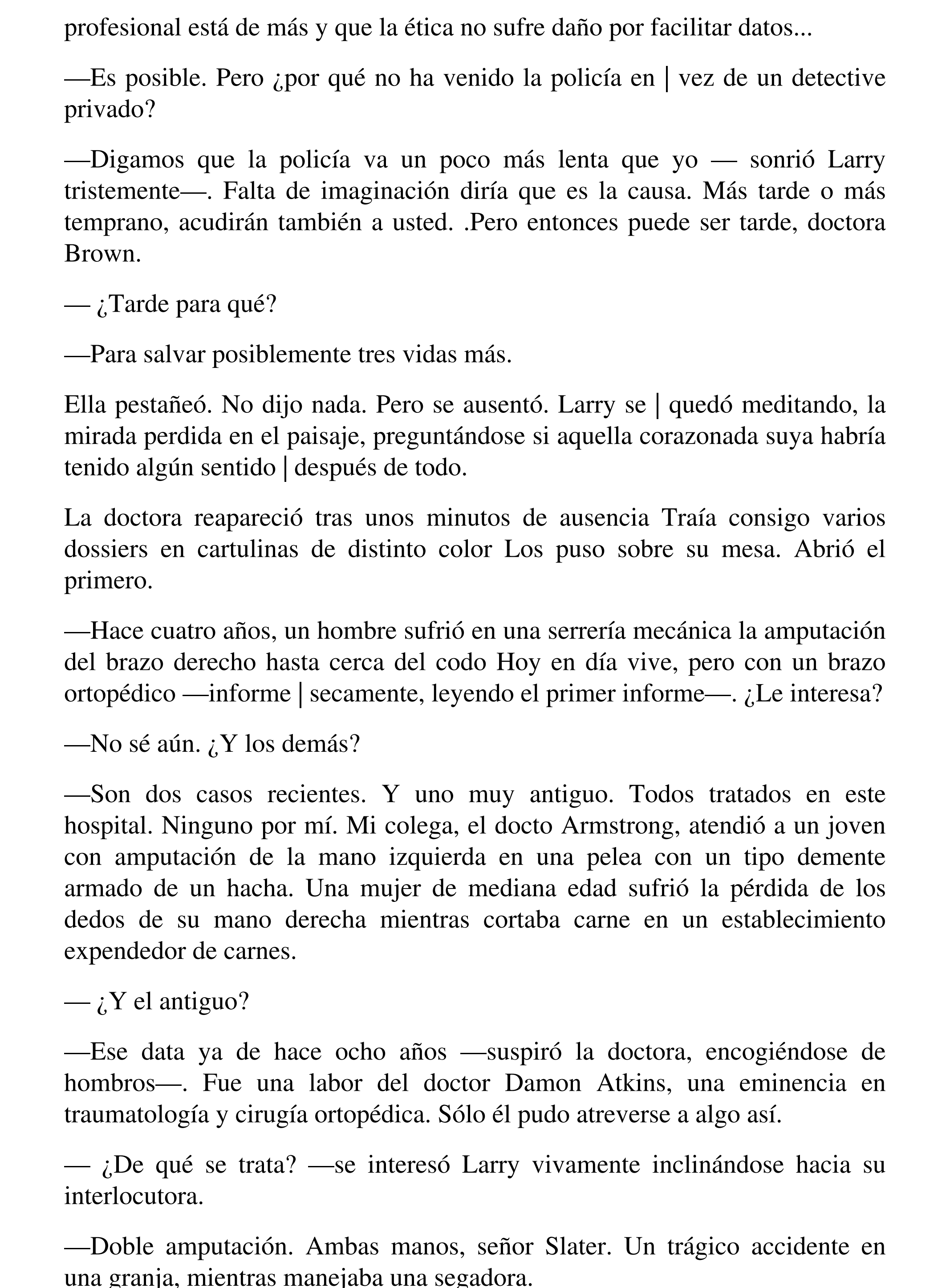
— ¿Por qué busca esa información? ¿Asunto familiar, oficial...?

—Homicidio, doctora —dijo Larry gravemente—. Quizás asesinato. Varios asesinatos, para ser exactos.

La traumatóloga pareció impresionada. Respiró hondo. Miró a Larry, esperando que éste añadiera más, pero ni una sola palabra agregó Slater a lo que informara antes.

—Espere un momento —pidió ella, incorporándose—. Veré si puedo hacer algo por usted, aunque estas cosas entran dentro del secreto profesional habitualmente.

—Lo sé, doctora. Pero cuando una pareja de actores famosos han sido arrollados intencionadamente por un coche conducido por alguien con una mano ortopédica, que luego parece haber ido al apartamento de una jovencita starlet ansiosa de gloria y fama, asesinándola también, creo que todo secreto



profesional está de más y que la ética no sufre daño por facilitar datos...

—Es posible. Pero ¿por qué no ha venido la policía en | vez de un detective privado?

—Digamos que la policía va un poco más lenta que yo — sonrió Larry tristemente—. Falta de imaginación diría que es la causa. Más tarde o más temprano, acudirán también a usted. .Pero entonces puede ser tarde, doctora Brown.

— ¿Tarde para qué?

—Para salvar posiblemente tres vidas más.

Ella pestañeó. No dijo nada. Pero se ausentó. Larry se | quedó meditando, la mirada perdida en el paisaje, preguntándose si aquella corazonada suya habría tenido algún sentido | después de todo.

La doctora reapareció tras unos minutos de ausencia Traía consigo varios dossiers en cartulinas de distinto color Los puso sobre su mesa. Abrió el primero.

—Hace cuatro años, un hombre sufrió en una serrería mecánica la amputación del brazo derecho hasta cerca del codo Hoy en día vive, pero con un brazo ortopédico —informe | secamente, leyendo el primer informe—. ¿Le interesa?

—No sé aún. ¿Y los demás?

—Son dos casos recientes. Y uno muy antiguo. Todos tratados en este hospital. Ninguno por mí. Mi colega, el docto Armstrong, atendió a un joven con amputación de la mano izquierda en una pelea con un tipo demente armado de un hacha. Una mujer de mediana edad sufrió la pérdida de los dedos de su mano derecha mientras cortaba carne en un establecimiento expendedor de carnes.

— ¿Y el antiguo?

—Ese data ya de hace ocho años —suspiró la doctora, encogiéndose de hombros—. Fue una labor del doctor Damon Atkins, una eminencia en traumatología y cirugía ortopédica. Sólo él pudo atreverse a algo así.

— ¿De qué se trata? —se interesó Larry vivamente inclinándose hacia su interlocutora.

—Doble amputación. Ambas manos, señor Slater. Un trágico accidente en una granja, mientras manejaba una segadora.

— ¿Sobrevivió?

—No sólo eso. El doctor Atkins hizo algo que nadie intentó antes jamás. Ni

que yo sepa, lo han vuelto a intentar.

— ¿Qué fue ello? —el interés de Larry iba en aumento.

—Un trasplante. El injerto de dos manos al mutilado. Dos manos todavía vivas... pero de otro hombre, un donante que acababa de morir.

—Dios mío... —Larry notó que se quedaba pálido y le temblaban las manos —, ¿Está segura de eso? Parece ciencia-ficción...

—Pero no lo fue. El doctor Atkins operó al paciente. Y éste salió de aquí con las dos manos de otro hombre cosidas a sus muñecas...

—Dos manos trasplantadas... —repitió Larry, con un sudor frío humedeciendo su piel—. ¿Resultó ese experimento, doctora Brown?

Ella negó lentamente con la cabeza. Sus labios bien dibujados moldearon una sonrisa amarga.

—No podía resultar, señor Slater —suspiró—. Todavía la cirugía no ha logrado un milagro así. Hubo rechace... y se le tuvieron que amputar de nuevo las manos recién implantadas... Creo que eso fue un duro golpe para el paciente. Por fin, supongo que tendría que conformarse con unas manos ortopédicas, unos simples garfios o una mano de materia plástica totalmente inútil... Es lo habitual en estos casos.

—Me gustaría hablar con el doctor Atkins —dijo roncamente Larry.

--Imposible —murmuró ella con lentitud—. El doctor Damon Atkins murió hace ya varios años.

Larry Slater se quedó callado, como anonado, dando vueltas en su mente a una fantástica, delirante idea que su razón le aconsejaba rechazar.

—Por favor, doctora Brown... —suplicó casi—. Sólo un dato más, se lo ruego: el nombre de ese paciente, el que sufriera la mutilación y el trasplante de ambas manos. ¿Quién era él?

—Ya se lo dije. Un granjero —ella inclinó la cabeza y leyó el nombre. Cuando lo pronunció, los cabellos de Larry Slater se erizaron—. Malcolm Lee... Ese es su nombre.

CAPITULO VI

Malcolm Lee.

El asesino diabólico que desapareciera de la filmación de Selwyn Durhan. El personaje creado por una guionista de Hollywood.

Existía. Ocho años atrás, la historia de la película de terror de Durhan había sido realmente en parte. Un hombre recibió las manos de un desconocido donante. Pero esas manos nunca fueron útiles para el trasplantado.

Malcolm Lee había existido. Estuvo una vez en este hospital de Dana Point, donde su supuesta creadora, Jayne Col-fax, pasaba precisamente sus vacaciones.

Apenas estuvo de regreso en Hollywood, llamó al teléfono de la inmobiliaria que se ocupaba de arrendar la casa de Dana Point, vecina a la de Jayne. Se interesó vivamente por ella, como si fuese a alquilarla, alegando que un amigo suyo se la había recomendado, por haber pasado un tiempo en esa residencia. Hábilmente, logró obtener los dos nombres de sus últimos inquilinos: Harry M. Haggerty... y Malcolm Lee.

Colgó, sintiendo de nuevo aquel extraño frío que llegaba •hasta su nuca y lograba erizar su cabello, cosa que jamás le había ocurrido antes de ahora. Era como estar husmeando en algo helado y tétrico, algo que estaba más allá de este mundo.

Estaba habituado a moverse entre cosas tangibles, tremendamente reales y cotidianas. Esto era distinto. No se trataba de buscar a una esposa adúltera o a un marido deshonesto, ni de localizar a una chica díscola evadida con un amante aprovechado.

Ahora se sentía inmerso en un mundo de pesadilla, digno de uno de los tremebundos films de Selwyn Durhan. Hombres mutilados, trasplantes, asesinatos, un terror glacial e intangible que se apoderaba de todo paulatinamente, partiendo del mayor y más inverosímil de los absurdos: un ser evadido de una película, escapado de una cinta de celuloide.

Un ser que no era ficción pura. ¿Cómo supo Jayne la historia de Malcolm Lee? ¿Por qué la trasplantó a un guion cinematográfico, respetando incluso el nombre del mutilado, a quien en su relato convertía en un monstruo asesino?

¿Era realmente Malcolm Lee, el hombre operado en Oran-ge County Hospital, un monstruo criminal? ¿Era él el hombre de la mano ortopédica?

No le costó obtener del Departamento de Tráfico del Condado de Orange los datos exactos acerca de Malcolm Lee. Era un granjero que sufrió el accidente cerca de San Diego, y fue asistido en el hospital de Dana Point en una fecha

determinada, un seis de marzo ocho años atrás.

Rápidamente se encaminó a la hemeroteca de Los Ángeles Journal y revisó los periódicos de los meses de febrero y marzo de ese mismo año, en busca de algo que sabía nunca le iba a facilitar al hospital ni médico alguno: el nombre del «donante».

Se quedó petrificado ante una noticia que aparecía en el diario, justamente un día después del accidente de Malcolm Lee, un cinco de marzo:

«HOY SERA EJECUTADO EN LA CAMARA DE GAS EL LLAMADO "ASESINO LOCO DE LOS ANGELES", BERNARD BIXBY. CONFORME A SU ÚLTIMA VOLUNTAD, SUS OJOS SERAN DONADOS A UNA ENTIDAD BENEFICA, ASI COMO SUS MANOS, RECLAMADAS POR UN CIRUJANO

DE CALIFORNIA PARA UN AUDAZ TRASPLAN TE UNICO EN LA HISTORIA.»

Seguía un relato minucioso de los hechos en torno a Bernard Bixby, el asesino a quien un consejo psiquiátrico había declarado «mentalmente sano», contra la opinión de su abogado y de diversos periodistas, que consideraban a Bixby un simple psicópata, más adecuado a un manicomio que a la cámara de gas. El ejecutado había sido culpable confeso de diez atroces asesinatos.

Larry Slater salió de la hemeroteca profundamente impresionado. Cada vez más, el supuesto personaje creado por Jayne en su guion cobraba vida real tangible y estremecedora. También en la película, recordaba Larry, Malcolm Lee recibía sus manos asesinas de un criminal desaparecido. La similitud era excesiva. No se trataba ya de una coincidencia. Era obvio que Jayne trasplantó la realidad al cine, aún con los mismos nombres. Pero que él supiera, nadie había, dicho aún que el Malcolm Lee de la vida real fuese un asesino. Ni siquiera sabía dónde podía estar ahora. Además, las manos de Bernard Bixby, el asesino, no habían durado en su cuerpo. Le fueron extirpadas de nuevo ante el rechazo producido.

¿Qué había tratado de decir Jayne con aquel relato escalofriante y mucho más real de lo que todos imaginaran en principio?

Llamó de nuevo a su domicilio y a los Estudios. Jayne seguía sin aparecer. Después llamó a Durhan. Le informó de cuanto sabía. El estupor del productor cinematográfico fue tan grande como el suyo.

—Esto es para volverse loco —comentó Durhan—. Si al menos encontráramos a Jayne y nos quisiera confesar todo cuanto sabe... Todo eso, con ser muy significativo, Slater, no explica tampoco la alteración en la película.

—Lo sé. Pero al menos tenemos algo en que basarnos, algo que buscar: Malcolm Lee, un mutilado de ambas manos. Si vive, tiene que estar en alguna parte. Jayne debió coincidir con él en Dana Point durante sus vacaciones. Ese contacto la impresionó y relató la historia para una película de horror. ¿Se lo sugirió el propio Lee? ¿Fue idea de ella? ¿Quién decidió conservar los nombres reales en el film?

—Y sobre todo, ¿qué ha sido de Jayne? —Gimió Durhan—. Empiezo a estar preocupado.

—Más que eso, señor Durhan —confesó Larry sordamente—. Yo estoy asustado... ¿Ha localizado a alguna de las chicas o al actor?

—Sí. Ya me olvidaba... El, Jack Daniels, está fuera del país, rodando una película en México con la Paramount. De las chicas, he localizado a una de ellas, Betty Vincent.

— ¿Dónde está?

—En San Francisco, con un tipio de dinero. Es su amante o cosa parecida. Ya sabe, cosa del momento. Todas esas chicas lo hacen para sobrevivir. Me han dicho que se aloja en el Sheraton con un viejo financiero de Los Ángeles, casado naturalmente. Figura como «señora Miller», aunque no creo que nadie se lo haya tragado en el hotel ni en ninguna parte.

—Eso, en realidad, le tiene sin cuidado a la gente, cuando el hombre paga generosamente y tiene aire respetable — rió sordamente Larry—. Voy a tomar el primer avión para San Francisco, señor Durhan.

— ¿Tan importante es eso?

—Más de lo que se imagina. No quiero que el asesino se me anticipe de nuevo. Mientras tanto, busque a la otra chica.

—Sé que se llama Linda Scott y está en alguna parte de California, porque en su alojamiento me ha dicho el conserje de los apartamentos que hace tres días que no ha vuelto por allí, y se fue con un maletín. Seguramente otro lío. Esas chicas...

—Ojalá esos líos sirvan para que salven el pellejo. Le llamaré desde Frisco (1), señor Durhan —dijo Larry, colgando.

(1) En argot, popularmente, se llama «Frisco» a la ciudad de San Francisco de California.

Llamó a una agencia de viajes. Confirmado el billete para el primer vuelo a San Francisco, se encaminó al Departamento de Homicidios para hacer una visita a su buen amigo, el teniente Osmond.

Esta vez no iba a hablarle del presente, sino del pasado. Y de un fantasma perdido en él. Un hombre llamado Bernard Bixby, ejecutado en la cámara de

gas por asesinato, ocho años atrás.

—Bernard Bixby... —repitió Phil Osmond, extrayendo un dosier del archivo —. Aquí está... Es un viejo asunto archivado, Larry. ¿Por qué te interesa esto?

—Tal vez simple curiosidad, no sé aún.

—Hum, no me fio. Un colega me ha dicho que pretendes endilgar a mi Departamento un caso bastante claro de suicidio, basándote en una hipótesis digna de Sherlock Holmes.

— ¿La muerte de Alice Jackson? Sólo un cretino admitiría que eso es suicidio. Date un paseo por allí y examina las evidencias. Está claro que la chica fue colgada cuando estaba inconsciente. Seguro que la autopsia lo revelará así. No tenía uñas para arañar su pluma estilográfica.

—Pudo utilizarla otra persona...

—Sí. El asesino, —suspiró Larry—. Un hombre que lleva una mano ortopédica de metal que deja arañazos en los coches robados y en las plumas estilográficas, Phil.

—Está bien, dejemos eso —refunfuñó el policía—. Esperaré a la autopsia. Ahora, veamos este dossier. El tal Bixby murió hace ocho años en la cámara de gas. Y no tenía familiar alguno. Aquí dice que donó sus ojos y hasta sus manos, antes de morir...

Enmudeció, mirando significativamente a Larry. Este sonrió ingenuamente, encogiéndose de hombros.

— ¿Y qué? —comentó—. Eso ya lo sabía, Phil.

—Al diablo con tus trucos, sabueso. Esto se relaciona de alguna forma con ese tipo de la mano ortopédica, ¿no es así?

—Te aseguro que sé tanto como tú al respecto. Pero me gustaría echarle una ojeada a ese expediente.

— ¿Para qué?

—Vamos, vamos. Tú mismo lo has dicho. Es caso archivado. ¿Qué mal hago a nadie con curiosear un poco?

—Quedamos en que me dirías algo cuando lo supieras, Larry.

—Ya lo hago. Te dije que asesinaron a la chica, a la starlet Alice Jackson. Si no lo crees, peor para ti. Ahora ¿puedo ver ese dossier de una vez por todas?

—Está bien, es tuyo por unos minutos —puso la carpeta en sus manos—, pero a cambio quiero que me digas todo lo que tenga relación con el caso del que

me ocupo, el posible asesinato de Sheldon Fry y Wilma Baker.

— ¿Wilma Baker? —Le miró vivamente Larry—. Creí que hasta morir, nadie ha sido realmente asesinado...

— ¿Ah, es que no lo sabías? —Osmond lanzó un resoplido—. Wilma Baker falleció hace apenas una hora en el hospital... Murió sin recobrar el conocimiento.

Larry no dijo nada. Apretó sus dientes con fuerza, tragó saliva y se fue a una mesa, donde se puso a mirar el dossier con gesto sombrío. Osmond le miró unos momentos y se alejó, encogiéndose de hombros.

—No sé...—murmuró—. Nunca le vi tan afectado por algo...

* * *

El avión sobrevolaba la resplandeciente colección de gemas sobre terciopelo negro que parecía ser la ciudad de San Francisco vista desde el aire.

Larry apenas si se dio cuenta de eso. Desde que saliera de Los Ángeles, iba sumergido en sus propios pensamientos. Especialmente, en sus recuerdos sobre el expediente criminal de Bernard Bixby, el asesino donante de sus manos.

Según el dossier que le ofreciera el teniente Osmond, Bernard Bixby había sido un hombre joven, introvertido, aparentemente normal, incluso afable con sus vecinos y conocidos, que parecía poseer una doble personalidad. Esta le había convertido en un feroz asesino de tipo paranoico, persiguiendo a muchachas solitarias en zonas oscuras de la ciudad, para luego agredirlas y asesinarlas. En unos casos llegó a consumar la violación, y en otros no. Aparentemente, su posible placer sexual al atacar a sus víctimas, procedía más del hecho criminal en sí que del ultraje a la agredida.

No negó ninguno de sus crímenes cuando fue capturado por la póliza, llegando incluso a envanecerse de su corta y terrible carrera criminal. Eso hizo pensar a su abogado en la posibilidad de que fuese declarado enfermo mental y salvarse así de la cámara de gas. Pero el recurso no prosperó, y los médicos, tras una serie de exhaustivos exámenes del reo, llegaron a la conclusión de que cuando cometía sus crímenes estaba mentalmente sano y era perfectamente responsable de sus actos, por lo que no había lugar a un dictamen favorable a la tesis de la defensa.

Agotada esa última posibilidad, Bernard Bixby estuvo ya solamente a merced del Gobernador de California, el único que podía suspender la ejecución o, como mínimo, aplazarla. Pero el teléfono no funcionó en ningún momento. El Gobernador se abstuvo de indultar la vida de un hombre que había causado tanta indignación popular con sus delitos sangrientos, y entró puntualmente en

la cámara verde el día señalado, falleciendo por inhalación de gas letal cuando las bolas de ácido cianhídrico cayeron en el recipiente situado a sus pies.

Posteriormente, el forense de la Penitenciaría de San Quintín procedió a autorizar la extracción de los ojos y manos del reo, donados por éste mismo, antes de su muerte, a dos centros médicos del Estado. Y allí se terminó la historia de Bernard Bixby, el asesino.

Sobre el destino de ojos y manos, nada se sabía oficialmente, porque esas cosas se mantenían siempre en secreto, para evitar traumas a los trasplantados. Pero Larry había podido deducir fácilmente a quién iban destinadas las manos de Bixby, gracias a una simple coincidencia de fechas. En una clínica de California, al sur de Los Ángeles, un paciente llamado Malcolm Lee aguardaba a ese donante, con dos muñecas por manos.

Ahora sabía que el trasplante, idea del doctor Atkins, había sido un total fracaso, y Malcolm Lee perdió sus manos de todos modos. Ahora se sabía que deambulaba por el mundo con dos manos ortopédicas.

El avión tomó tierra en el Aeropuerto Internacional de San Francisco. Larry Slater suspiró, saliendo de su ensimismamiento. Era como haber asistido a una proyección de una vieja película de horror, que repentinamente se había cortado, interrumpiéndose la sesión, pensó tomando su maletín-para bajar del aparato.

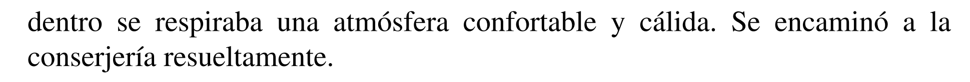
Porque esta película aún no tenía puesta la palabra «fin», ni filmada su última secuencia, eso era evidente.

Estaba lloviznando en San Francisco y había una densa neblina procedente de la bahía, cosa harto frecuente en aquella ciudad. Larry tomó un taxi y le dio la dirección del Sheraton Hotel, en el centro de la urbe.

Ansiaba hablar con aquella jovencita, Betty Vincent, starlet en la película de Selwyn Durhan y ahora amiguita de un rico financiero de edad. Ella era uno de los personajes que no habían desaparecido de la película. Y ella, por tanto, tenía que saber cómo había podido suceder eso. Larry no aceptaba en absoluto la fantástica posibilidad de que un personaje pudiera desaparecer por sí mismo, cobrando vida, y dejando vacío en un film. Por tanto, tuvo que haber otra filmación sin Janos Bélaki en su papel de monstruo. Pero ¿dónde? ¿Cómo? ¿Por qué?

A todo eso, tal vez, le podría responder ahora la joven actriz alojada en el Sheraton Hotel. Cuando menos, ésa era su esperanza mientras el taxi rodaba por el asfalto urbano convertido en negro charol por la lluvia, a través de las vías más céntricas de San Francisco.

El taxi se detuvo finalmente ante el Sheraton. Larry abonó la carrera y bajó el vehículo, entrando con rapidez en el lujoso hotel. En contraste con el exterior,



dentro se respiraba una atmósfera confortable y cálida. Se encaminó a la conserjería resueltamente.

— ¿Los señores Miller, por favor? —preguntó al conserje.

— ¿Miller? ¿Se refiere al señor Stuart Miller y su joven esposa? —preguntó el conserje, mirándole fijamente.

Larry no podía saber si se trataba de ellos, pero la mención de la «joven esposa» le hizo afirmar, convencido de que no podía cometer ningún error.

—Sí, los mismos. Soy un amigo de Los Ángeles. Necesito verles en seguida.

El conserje hizo un gesto hacia un punto, a espaldas de Larry, al tiempo que preguntaba con deferencia:

— ¿De parte de quién, señor?

—De... de Larry Slater. Dígale que me envía Selwyn Durhan, el productor cinematográfico. Ellos entenderán.

—Sí, señor Slater —afirmó el conserje, dirigiéndose con parsimonia a un teléfono—. Un momento, por favor.

Larry notó algo raro en él, pero se mantuvo a la espera, mientras el empleado del hotel descolgaba uno de los aparatos de la conserjería y comenzaba a hablar con alguien.

En el mismo momento, a espaldas de Larry se situó alguien. Este se volvió con viveza, para encontrarse con un hombre alto, canoso, de gabardina clara y bombín, portando un paraguas. Tenía los ojos estrechos, grises y fríos. Y le miraba muy fijamente.

— ¿Puede identificarse, señor? —preguntó cortésmente, apoyándose en su paraguas.

— ¿A santo de qué? —replicó Larry, molesto—. ¿Quién es usted?

—Sargento Raymond, de Homicidios —dijo cortésmente el hombre, mostrándole una credencial—. ¿Satisfecho, señor?

—Sí, claro —Larry exhibió su propia documentación—. Larry Slater. Detective privado.

—En Los Ángeles, según veo —sonrió el otro vagamente—, No puede ejercer aquí, señor Slater.

—Lo sé. Pero buscaba a... a ciertas personas.

—Según el gesto que me ha hecho el conserje, supongo que busca al señor Miller.

— ¿De modo que eso es lo que hizo? —Larry observó que había dejado de fingir, y el empleado ya ni siquiera telefoneaba a nadie, limitándose a mirarle con interés desde alguna distancia—. Pues sí, busco a los señores Miller. ¿Es algún delito, sargento?

—Claro que no. Pero usted debe saber que ella no es la señora Miller — suspiró el policía.

—Creí más discreto no preguntar por una starlet llamada Betty Vincent. No es eso lo que figura en el registro de viajeros, ¿no?

—No, no es eso. Alabo su tacto, señor Slater. ¿Por qué quería verlos?

—Asunto profesional. ¿Por qué me interroga, sargento Raymond?

—Porque soy policía, señor Slater. Y porque la supuesta señora Miller, la joven actriz que tanto le interesa... ha muerto.

Larry sintió que le temblaban las piernas y algo helado -corría hasta su cogote. Se apoyó en el mostrador, respirando con fuerza.

— ¡Muerta! —jadeó—. ¡Oh, no! Otra vez no...

— ¿Otra vez? —Los ojos acerados del policía le miraron curiosamente—, ¿A qué se refiere?

—Esta vez esperaba llegar a tiempo. Otras personas han muerto en Hollywood, sargento. Todas relacionadas con el cine, como Betty Vincent. Ella sabía algo que esperaba me dijese...

—Tendrá que venir conmigo a la estación de policía y hablaremos de todo ello, señor Slater, por favor —invitó, cortés, pero firmemente, el policía de San Francisco.

—Si, por supuesto. Una pregunta, teniente...

-¿Cuál?

— ¿Cómo... cómo ha muerto esa chica?

—Estrangulada. Pero con horribles desgarros en su cuello, como si la hubiesen apretado con dos zarpas... Ya la hemos llevado a la Morgue. Allí está también el señor Miller, sin poder entender todavía lo sucedido a su amiguita... y muy asustado por el posible escándalo. Vamos, señor Slater. Cuanto antes conozca su historia, tanto mejor.

Larry le siguió a través del vestíbulo, sin oponer la menor resistencia. Poco después rodaba de nuevo bajo la llovizna, dentro de un coche oficial, camino de la estación de Policía.

CAPITULO VII

Larry firmó su declaración. Luego, se quedó mirando al sargento Raymond, que releía perplejo la hoja mecanografiada.

—Que me cuelguen si lo entiendo -—masculló el policía—. Esto parece un puro disparate, Slater.

—Pues la pura verdad, sargento. Le he contado todo —Larry inclinó la cabeza —. Sé que todo suena increíble. Es como si nada tuviera sentido.

—Si fuese usted un guionista de Hollywood, no le creería una palabra. Pero dudo que haya un detective privado con tanta imaginación como para inventar algo así.

—Es usted muy amable —dijo secamente Larry.

—No se ofenda, Slater. Tiene que comprender que no estaba preparado para oír algo así... ¿Cree usted que el asesino se desplazó desde Los Ángeles para matar a esa chica en el Sheraton y regresó de nuevo allí?

—Es muy posible, sí.

—Y, según su historia, los destrozos causados en la garganta de la víctima lo serían por causa de unas manos metálicas...

—Es lo más probable, si el asesino es Malcolm Lee, sargento.

— ¿Por qué hace todo esto?

—Lo ignoro. Aparentemente, para que ninguno de los actores que participó en la película y que posteriormente permanecían en los fotogramas, sin la presencia del personaje del asesino, puedan revelar algo sobre ese hecho.

—No pensará que Malcolm Lee escapó del celuloide...

—Hubo un momento en que llegué a creerlo. Luego, al saber que Malcolm Lee no es sólo un ente de ficción en una película, sino alguien que realmente existió y parece que sigue existiendo, ya tuve otra idea muy distinta que explicase por medios naturales lo sucedido.

—Y así ha llegado a la conclusión de que se repitieron diversas tomas del film.

—Exacto.

—Pero, ¿cómo?

—Supongo que en un decorado idéntico o muy similar, con los mismos actores, excepto Janos Bélaki, que interpretaba al monstruo, en algún estudio

cinematográfico aún sin localizar.

— ¿Y para qué hicieron tal cosa?

—Eso lo ignoro —murmuró Larry, encogiéndose de hombros con exasperación—. Sé que no tiene sentido. No hay motivo aparente. Y menos aún para matar a los actores que pudieron participar en la filmación. Pero es así, evidentemente. Alguien en Hollywood ha montado un horror más terrible que cualquier película de la Monster Films. Y ese alguien se llama Malcolm Lee y lleva manos ortopédicas desde hace ocho años.

—Es una historia espeluznante, Slater. Pensar que ese horrible ser deambula por ahí, asesinando impunemente, surgiendo de la sombra para matar y regresando a ella sin dejar otro" rastro que la muerte... ¿No cree que esa mujer, Jayne Colfax, la autora del guion original, puede poner muchas cosas en claro?

—Por supuesto que lo creo. Siempre estuve seguro de ello, desde que asistió con nosotros a la proyección de la película alterada. Pero ignoramos dónde ha podido meterse. Ni siquiera sabemos si todavía está viva, sargento.

—Hablaré con mis colegas de Los Ángeles en seguida, para que sepan lo sucedido aquí —dijo resueltamente el sargento Raymond, dirigiéndose con decisión a un teléfono, que descolgó, pidiendo larga distancia.

Habló con Osmond y otros oficiales de policía de Los Ángeles. Al colgar, informó a Larry:

—Cuando regrese a Los Ángeles, tendrá que explicarles todo y colaborar con ellos. Están dispuestos a impedir que se cometan más asesinatos, así como a dar con esa chica, Jayne Colfax, se oculte donde se oculta.

—Gracias, sargento —suspiró Larry, poniéndose en pie—. Usted sí es un policía comprensivo. Espero que pronto pueda darle buenas noticias. ¿Estoy libre?

—Por supuesto, Slater. Usted no es ningún sospechoso. Montamos en el Sheraton un dispositivo de control por si alguien venía preguntando por los Miller, y usted fue la única persona en hacerlo, por eso le pedí que me acompañara, pero es todo. Puede ir a donde quiera, muchacho. Le deseo suerte en este increíble caso.

—Sí, creo que la necesitaré --sonrió cansadamente Slater estrechando la mano del policía antes de abandonar la estación policial.

Regresó al Sheraton, preguntando si alguien había visto por el hotel aquel día a un hombre con manos ortopédicas o cosa parecida. Nadie recordó el hecho, pero había que tener en cuenta que el día era húmedo, brumoso y desapacible, y una persona con gabardina o impermeable de mangas lo bastante largas y

guantes adecuados, podía pasar desapercibida en un hotel tan frecuentado como aquél, sin que nadie se diese cuenta de su presencia.

Era muy tarde ya para regresar a Los Ángeles. Pidió una habitación en el Sheraton, y llamó a Selwyn Durhan informándole de lo sucedido y pidiéndole que buscara por todos los medios a su alcance, antes de que fuese también demasiado tarde, a la tercera starlet, Linda Scott. Cuando colgó, Durhan casi ni se despidió. Parecía realmente anonadado.

Se sentía cansado, con sueño, y sin ganas de ir a ninguna parte. Decidió pedir una cena frugal en su habitación y acostarse en seguida, para tomar el primer avión matinal a Los Ángeles.

Apenas si habían pasado dos minutos de su llamada al restaurante, cuando golpearon suavemente en la puerta. Larry fue a abrir, sorprendido por tanta rapidez.

No era el camarero con su cena. Estupefacto, se quedó contemplando a la persona erguida ante él, en el pasillo del hotel.

— ¡Usted! —murmuró aturdido—. ¿De dónde sale?

—Por favor, Slater, déjeme entrar —pidió roncamente Jayne Colfax—. Estoy aterrorizada como nunca lo estuve...

* * *

Tenía los cabellos mojados, el bonito rostro sumamente pálido y desencajado, y las bellas pupilas violeta, las puntitas doradas destellaban con algo muy parecido al pánico.

Larry la contempló, saliendo del cuarto de aseo, tras haber depositado el camarero la bandeja con la cena sobre una mesita. La muchacha se estaba secando el pelo húmedo con una toalla. Parecía a punto de desmayarse,

— ¿Qué hace usted en San Francisco, Jayne? —Quiso saber Larry con cierta aspereza—. La está buscando todo el mundo, incluso la policía.

—Lo imaginaba. Vine a lo mismo que usted. En busca de Betty Vicent...

— ¿Sabía que estaba aquí?

—No me fue difícil averiguarlo. Confiaba en poder salvar su vida. Pero ambos hemos llegado tarde. Ya sé lo sucedido.

—Dejemos ahora lo de esa pobre muchacha. ¿Dónde diablos andaba usted metida?

—Por ahí. En Los Ángeles, luego aquí...

— ¿Por qué desapareció?

—Ya se lo he dicho. Estoy aterrorizada. Tengo miedo, Slater.

— ¿Miedo a quién? ¿A Malcolm Lee o al fantasma de Bernard Bixby?

—De modo que lo sabe—ella le miró largamente, con sorpresa—. Lo sabe todo...

. —No, todo no. Usted me oculta muchas cosas. Siempre supo que Malcolm Lee existía, ¿no es cierto? No fue ninguna invención suya.

—No, no lo fue. Ahora me arrepiento de ello. Quise crear un monstruo... que ya estaba creado. La película se hizo realidad.

—Porque nunca fue realmente una película. ¿Conoció a Malcolm Lee en Dana Point?

--¿Y dice usted que no lo sabe todo? —suspiró amargamente Jayne, dejándose caer en el borde de la cama de Slater.

—Deduzco algunas cosas. Eso es todo. Sé que un tal Malcolm Lee era vecino suyo en Dana Point durante sus últimas vacaciones en ese lugar. Y que fue asistido de mutilación de ambas manos en el Orange County Hospital, donde un tal doctor Atkins ya fallecido, intentó trasplantarle, unas manos, ajenas, las del asesino Bixby, fracasado en el empeño.

—Hay algo que usted no sabe, Slater —musitó ella tristemente—, Yo conocía ya a Malcolm Lee mucho antes de encontrarme con él en Dana Point casualmente. Era vecino de nuestra granja en San Diego. Por entonces tenía sus manos y era un ser normal. Supe una vez que había sufrido un accidente con una segadora, pero eso fue todo. El nunca volvió a San Diego ni volví a saber de él... hasta encontrarle en Dana Point. Con aquellas horribles manos ortopédicas, de dedos metálicos, como garfios... Fue una impresión tremenda.

—Creo sospechar que usted había sentido algo por ese hombre.

—Cosas de adolescentes. Él era mayor que yo, al menos nueve o diez años. Pero me atraía por su seriedad y por su carácter enérgico. Luego la olvidé totalmente. Y, de repente... la vida nos reunió de nuevo por pura casualidad. Esta vez fue distinto. Ya no sentí nada por él. Y no por sus manos artificiales, sino porque las cosas se ven muy diferentes cuando ya se es mujer.

—Entiendo. ¿Se le ocurrió escribir su historia?

—Fue él quien me animó a ello. Parecía aceptar con gran espíritu su infortunio. Dijo que le encantaría ser un monstruo criminal en una de mis películas, e incluso aparecer en ella con su propio nombre. Me narró una historia que yo entonces ignoraba que era, en parte, la de su propia vida: el

trasplante, las manos del asesino... Lo que cambió fue el hecho de que ese trasplante hubiera fracasado. Pensé que era una fantasía suya para llevar con más alegría su desgracia, y le prometí escribir el relato, dada su insistencia en ello. Me escribió una autorización para usar su nombre, y pareció muy feliz de que su idea llegara a ser realidad un día.

—Y usted escribió el guion.

—Eso fue a mi regreso a Hollywood. Pero tenía ya bastante adelantados los apuntes sobre el mismo antes de abandonar Dana Point... Y el último día... —ella cerró sus ojos, respirando con fuerza—. Fue un golpe espantoso, Slater.

—Prosiga. ¿Qué pasó el último día en Dana Point?

—Algo imprevisible. Llegaron unos hombres en una ambulancia, escoltados por un coche oficial, y rodearon la casa de Lee. Atraída por sus gritos acudí a ver lo que sucedía. Vi que le sacaban con una camisa de fuerza, gritando o forcejeando, con el rostro convulso. Me vio, y me rogó que le ayudara, terminando de escribir ese guion, porque él prometía volver a verme y asistir al estreno de la película. Aterrada, vi cómo le introducían en la ambulancia, y ésta partió llevándoselo de allí. Un oficial de policía me informó de que Malcolm Lee había escapado de un manicomio del Estado, donde permanecía encerrado desde que sufriera la amputación de sus manos y le fallara a un cirujano el trasplante de unas manos ajenas. Según me contó el policía, había sospechas fundadas de que el propio Malcolm Lee matara al doctor Atkins, el cirujano, aunque oficialmente éste había muerto al caer por una ventana del hospital. Pero Lee estaba totalmente desquiciado y no era responsable de nada aunque pareciese un hombre normal. Por eso no volví nunca más a Dana Point. Por un lado, no quería evocar aquellos sucesos. Y por otra, temía verme de nuevo cualquier día ante Malcolm Lee, evadido otra vez del manicomio. Confieso que tuve miedo por primera vez en mi vida.

—Pero eso no la impidió escribir el guion —señaló Larry secamente.

—Había expuesto ya mi idea por teléfono a Durhan y él' estaba entusiasmado con la idea. Ya tenía contratados a Morgan Wayne como director y a Helmut Keller como cámara, y había expuesto el plan de trabajo a Bélaki que también se mostraba entusiasmado con su nuevo papel. No supe volverme atrás. Creo que cometí el peor error de toda mi vida. Ahora sé que he ayudado a que un monstruo volviera a la vida, con más fuerza que nunca.

—Pero según su historia, Malcolm Lee está en un manicomio del Estado de California, encerrado desde hace más de un año...

—No, Slater —negó ella con gesto ensombrecido—. Por desgracia, no es así. He telefoneado a ese centro psiquiátrico. Me han informado de que Malcolm Lee escapó de nuevo hace cosa de un mes y no han logrado dar todavía con

él...

Larry se estremeció. Fue a la puerta de la habitación y la aseguró con pestillo y vuelta de llave. Luego invitó a Jayne, señalando la bandeja de alimentos:

—Siéntese y coma algo conmigo. Tome también una copa de vino. Creo que lo necesita. Luego decidiremos lo que se puede hacer hasta que regresemos mañana juntos a Los Ángeles. Escondiéndose por ahí, no resuelve nada.

—Es que tengo miedo, Slater —gimió ella.

—Diablo, yo también —confesó con franqueza Larry.

Ei avión depositó a ambos jóvenes en el aeropuerto de Los Ángeles aquella mañana soleada y tibia, tras una noche lluviosa en San Francisco.

Jayne había dormido, en su cama y él utilizó el sofá del dormitorio, saliendo ambos del hotel cautelosamente, de modo que nadie advirtiera la presencia de la joven en su alcoba. Eso había tranquilizado más los temores de la muchacha.

Desde el aeropuerto, un taxi les condujo a los Estudios Monster, donde un Selwyn Durhan ajado y con huellas de haber descansado fatalmente aquella noche, les acogió con relativo entusiasmo.

—Dios sea loado, al menos usted está sana y salva, Jayne —dijo al saludarla —. ¿Dónde se había metido?

—Es una historia larga de contar —terció Larry—. Se la contaremos luego. De momento, lo cierto es que Jayne está aquí con nosotros, y que unas cuantas cosas más se han aclarado, aunque el asunto diste mucho de estar totalmente resuelto. ¿Sabe algo de Linda Scott, la tercera muchacha?

—Mi agente está en eso. Es una chica muy voluble, al parecer. Nada constante. Se ha cambiado de domicilio dos veces en poco tiempo, y ahora ignoramos dónde se aloja. En la ficha de nuestro archivo no figura su más reciente dirección ni teléfono.

—Hay que intentarlo todo, señor Durhan. Voy a recurrir a la policía, incluso. Tal vez ellos den con la chica antes que nuestro demencial asesino de las manos ortopédicas. Al menos, es lo que espero de todo corazón.

—Pero Slater, ¿cómo pudo ese loco mutilado llegar hasta mi película y alterarla, si es que eso es lo que sucedió, según su teoría?

—No lo sé, francamente. Pero Malcolm Lee parece capaz de hacer muchas cosas que nos sorprenden. Piense que una persona loca es mucho más astuta que un ser normal, y cuando se trata de un asesino todavía más, ¿Podría ver nuevamente esa película ahora?

—Por supuesto —asintió -gravemente Durhan, tras un pestañeo de sorpresa —. Venga conmigo. ¿Usted podrá resistirlo otra vez, Jayne?

—Iré adonde vaya Slater —aseguró ella—. Me siento más segura a su lado.

Se encaminaron a la sala de proyección privada de los Estudios. Por el camino, Slater narró con rapidez los sucesos de San Francisco a Durhan, así como la forma que surgió la idea de Jayne sobre el asesino de las manos injertadas, El productor escuchó todo aquello con una mezcla de desasosiego y estupor, pero apenas si hizo comentario alguno.

Janos Bélaki, el actor de origen húngaro, especializado en personajes de terror, se hallaba en compañía de McCoy, el montador, en la sala de montaje cerca a la salida' de proyección. Cuando Durhan pidió a McCoy que les proyectase la película «Dedos de pesadilla», el actor pidió asistir a la proyección.

Durhan se permitió una sonrisa irónica y se encogió de hombros.

—Como quiera, Bélaki, pero me temo que va a llevarse una gran sorpresa... y también una profunda decepción. Pero creo que es justo que' usted también asista a la proyección y vea lo que ha sucedido con la película. A fin de cuentas, creo que es el más perjudicado profesionalmente con todo esto...

Bélaki puso un gesto de extrañeza ante las palabras de su productor y miró alternativamente a Larry y a Jayne.

—Temo no entenderle, señores —confesó—. ¿A qué se refiere el señor Durhan al hablar así?

—Pronto lo verá, Bélaki —suspiró Jayne, moviendo su cabeza.

Los cuatro entraron en la salita de proyección, acomodándose en la primera fila. McCoy, en la cabina, montaba ya las bobinas. Su voz les llegó desde arriba:

— ¿La pasamos íntegra, señor Durhan? —preguntó.

—Sí, por favor —rogó éste, tras ver asentir con el gesto a Slater.

Comenzó el pase de la película. Todo fue hasta que apareció la primera escena alterada, Bélaki se irguió en su asiento lanzando una imprecación en su lengua materna.

— ¿Qué significa...? —masculló luego—. ¿Dónde estoy yo?

—Eso quisiéramos saber, Janos —murmuró Durhan amargamente—. No interrumpa la proyección. Aún le queda mucho por ver.

El húngaro iba de sobresalto en sobresalto. Larry no pudo evitar una sonrisa,

al verle brincar en su asiento, con expresión indignada.

— ¡Yo no aparezco en esas escenas! ¡Señor Durhan, son las mismas que yo rodé pero...he desaparecido de ellas!

—Exacto, Bélaki —dijo Jayne—. Ha desaparecido usted de ellas. Increíble, ¿no? Pero ahí lo tiene. Los mismos actores, el mismo decorado... sin usted.

Cuando llegó la escena del final, la ira del húngaro era ya incontenible. Se puso airadamente en pie y se inclinó sobre el productor.

—Señor Durhan, ¿qué broma es ésta? —preguntó—. Esas escenas, que yo recuerde, solamente se rodaron una vez... y yo estaba presente en ellas. ¿Cuándo se han repetido sin -mi presencia y para qué? Era una de mis mejores interpretaciones...

—Lo sabemos, amigo mío, lo sabemos. —Murmuró Durhan, mientras se ponían en pie todos los asistentes y McCoy encendía las luces, una vez terminada la proyección—. No ha sido idea mía, ni mucho menos. Me he encontrado así la copia positivada y, lo que es peor, también el negativo y todas las demás copias. Es como si su personaje nunca hubiera existido en esa filmación.

— ¡Pero existe!

—Así es —admitió Slater, calmando al iracundo actor—. Estamos buscando la causa de esa alteración. Y, si existe todavía la copia de las escenas auténticas, confiamos en encontrarla antes de la fecha del estreno. Ese film, tal como está ahora, es obvio que no puede exhibirse en ninguna parte. Pero no es lo peor que la película esté así, señor Bélaki.

Lo malo es que «su» personaje, Malcolm Lee, existe realmente, y está asesinando a cuantos han intervenido en esas escenas: Sheldon Fry, Wilma Baker, Alice Jackson, Betty Vincent...

— ¡Asesinados! —El actor le contempló, aturdido, con gesto de horror—. No es posible...

—Lo es, Bélaki —dijo amargamente Durhan poniéndose una mano en el hombro—. Lo es. Y lo peor es que puede haber más víctimas... y que nadie sabe dónde está ahora Malcolm Lee, el asesino loco.

Se alejaron por el corredor del edificio, dejando atrás a un Janos Bélaki mudo y desconcertado, que meneaba la cabeza con una mezcla de desaliento y estupor.

—Ya ha visto la película íntegra —dijo Durhan, mirando de soslayo a Larry —, ¿Qué conclusión ha sacado esta vez, Slater?

Larry se frotó el mentón y, sin dejar de examinar, respondió al productor:

—Que las escenas donde falta Bélaki están muy bien realizadas. Yo diría que mejor aún que el resto de la película.

— ¡Cielos, si le oyera Morgan Wayne!...

—También la fotografía supera los contrastes y claroscuros de la realizada por Helmut Keller. La persona que filmó esas escenas es un experto de gran categoría, señor Durhan, a juzgar por su trabajo. Pero los decorados son imperfectos y mucho menos espectaculares que los originales. Fijándose bien, se observan forillos y recursos que no aparecen en el resto del film. Eso quiere decir que se rodó con precarias condiciones de Estudios y decorados, pero por una mano experta y diestra,

—Habla usted como un maldito crítico de cine —rezongó Durhan malhumorado—. Confieso que no me he fijado en esos detalles, pese a ser yo un experto, Slater.

—Porque los árboles le impiden ver el bosque. Es tan su indignación ante ese cambio producido en su película, que no ha podido fijarse en detalles semejantes. Por eso le pedí verla de nuevo. La primera vez estaba bajo el influjo de un hecho aparentemente sobrenatural. Ahora sé que alguien rodó esas secuencias y las añadió a una copia de la película, positivándola completa, sin empalmes, y haciendo desaparecer negativos y copias correctas.

—Pero ¿para qué todo ese trabajo? ¿Cómo pudo entrar aquí Malcolm Lee sin ser visto por nadie, teniendo un detalle tan revelador en su persona como esas manos ortopédicas de metal?

—En el hotel de San Francisco donde asesinó a Betty Vincent con sus garfios ortopédicos, nadie se fijó en él lo más mínimo. Lo cual quiere decir que sabe ocultar sus manos artificiales en determinados momentos con bastante eficacia. En cuanto a su modo de entrar aquí, en los Estudios... es algo que está tan oscuro como la forma en que averiguó dónde hallar a Betty Vincent, pongamos por caso. Pero piense que él de alguna forma convenció a todos esos actores para trabajar en las escenas repitiendo las mismas sin el personaje de Malcolm Lee. Y ellos aceptaron, o esas secuencias no estarían ahí.

—Es cierto —admitió Durhan, perplejo.

—Estamos ante un loco muy inteligente y sagaz, no lo dude. Alguien capaz de moverse en la sombra sin dejar apenas rastro de su persona. ¿Responde ese retrato al Malcolm Lee que usted conoció, Jayne?

—Él siempre fue muy listo y con gran habilidad para todo, pero ignoraba que fuese capaz de realizar unas escenas cinematográficas con tal perfección —confesó Jayne.

—Durante ocho años, una persona puede aprender muchas cosas, Jayne. Incluso técnica cinematográfica, y más si reside en Hollywood cuando se evade del manicomio en que está recluido... Ahora mismo, es muy posible que esté de nuevo aquí, en esta ciudad, tras su viaje a San Francisco para silenciar a Betty Vincent. Y sin duda, está como nosotros, buscando a Linda Scott para eliminarla también.

—Y todo ello... ¿para qué? —murmuró Durhan, exasperado.

—Me temo que eso no lo sepamos hasta que la palabra «fin» se ponga a esta película que estamos todos viviendo sin celuloide ni cámaras...

Sonaba un teléfono cuando entraban en el despacho personal de Durhan. Este se apresuró a descolgarlo.

—Durhan —dijo escuetamente—. ¿Quién es?

Afirmó repetidas veces con un destello de viveza en sus ojos. Rápidamente, colgó y se quedó mirando a Larry Slater.

— ¡Larry, lo tenemos! —jadeó.

— ¿El qué?

—Las señas de esa chica, Linda Scott... —dijo roncamente—. Es un bungalow en Ocean Park... El 2360 de Pacific Avenue...

— ¡Vamos, pronto! —Larry tomó de una mano a Jayne, tiró de ella, y ambos corrieron hacia el exterior sin perder tiempo.

Minutos después, volaban materialmente sobre el asfalto, en dirección a Ocean Park, a través del tráfico de la ciudad.

CAPITULO VIII

El 2360 no se diferenciaba en nada de toda una larga serie de bungalows alineados frente al mar, con unos rectángulos de césped ante sí. Larry Slater avanzó hacia la casa, tirando de Jayne, con la otra mano hundida en su bolsillo, empuñando su revólver en previsión de cualquier acontecimiento inesperado.

Se detuvieron ante el pequeño porche donde aparecían las cifras en metal, marcando el número del edificio. Larry pulsó un timbre.

No respondió nadie, por lo que insistió en su llamada con igual resultado negativo. Jayne miraba en torno, inquieta, y Larry trató de curiosear por los ventanales, pero las cortinas le impidieron ver bien el interior.

—Demos la vuelta a la casa —dijo, tras probar de nuevo el timbre estérilmente—. Quizás no esté ahora en casa.

Rodearon el bungalow, hasta detenerse ante la puerta posterior, que daba a un pasillo junto a la cocina de la casa. Miró a través del cristal, protegido por una red metálica. No vislumbró señal alguna de vida en la casa. Resueltamente, buscó en sus bolsillos, extrajo un juego de llaves maestras y probó varias en la cerradura, hasta que una abrió. Jayne le miró inquieta.

— ¿Esto es legal? —preguntó.

—No. Pero no podemos detenernos ahora por esas minucias, Jayne —replicó él secamente, empujando la puerta y extrayendo su revólver, ante el sobresalto de la joven.

Penetraron en la vivienda. Olía a limpieza y a un vago aroma de perfume femenino, fresco y suave. Recorrieron la planta baja sin hallar rastro de su ocupante. En el living, varias fotografías de la starlet., en bañador y en shorts, demostraba que si su talento no era demasiado grande como actriz, poseía otras condiciones mucho más ostensibles para llegar a algo.

—Aquí no parece haber nadie, Larry —dijo ella en voz baja.

—Sí, eso parece —admitió .Slater, ceñudo—. Subamos arriba.

Ascendieron la escalera, recorriendo luego en la planta alta del bungalow. Tampoco hallaron a nadie. Evidentemente, la joven ocupante de la casa se hallaba ausente en estos momentos. Era una contrariedad para los planes de Larry.

—Si al menos llega sana y salva aquí... —murmuró—. Tenemos que esperar su llegada, no hay otro remedio, Jayne.

—Mientras no avise a la policía y nos acuse de allanamiento de morada al

vernos aquí...

—No se preocupe. Eso será mejor que correr el riesgo de que la maten. Nos quedaremos aquí arriba, para verla llegar con más facilidad desde una de las ventanas...

* * *

La espera se prolongaba. Linda Scott no daba señales de vida. Tras más de dos horas de aguardar pacientemente apostados, Jayne tomó una determinación.

—Voy a preparar algo de café. Después de todo, eso ya no puede empeorar más las cosas, después de haber entrado aquí ilegalmente...

—Vaya, pero no se demore —sonrió Larry, pendiente de la ventana, con el revólver en su mano—. No puede tardar ya mucho en llegar...

Jayne asintió, bajando a la planta inferior. Larry la oyó manipular vajilla y latas de cocina. Un agradable aroma de café subió la planta alta poco después.

Jayne retiró el pote del fuego con la infusión a punto. Apagó la placa y tomó dos tazas para dirigirse arriba con todo ello. Estaba tan absorta en su tarea, con la seguridad que -le daba la presencia de Larry Slater cerca de ella, que no advirtió nada. Ni el suave roce de la puerta trasera al abrirse, ni el leve rumor de pasos apagados por el pavimento de la casa...

Salió con la jarra de café en una mano y las tazas en la otra. Súbitamente, cruelmente, se enfrentó al horror. Sus ojos se desorbitaron, lanzó un alarido de pánico, y dejó caer cuanto llevaba en las manos.

Ante ella, erguido en el corredor, sombrío y ominoso, se hallaba el hombre de gafas oscuras, sombrero sobre los ojos, cuello de la gabardina subido... y las manos adelantándose hacia ella.

Eran dos manos de metal, dos garfios aterradores, de articulados dedos de acero que iban hacia su garganta.

— ¡Jayne! —Aulló arriba la voz de Slater—. ¿Qué sucede?

Ella se desplomó ante el ser amenazador y terrible. Su cuerpo golpeó el suelo, a los pies del hombre de manos ortopédicas. Por la escalera, se oyeron pasos precipitados, pasos de la carrera de Larry en auxilio de su compañera.

El monstruo avanzó resueltamente hasta la esquina que formaba la escalera en la planta baja. Cuando Larry salvó el último peldaño, el intruso descargó sobre él una de sus metálicas manos.

Larry aulló al sentir el impacto del acero punzante en el rostro, y notó correr la sangre. Borrosamente, captó la estremecedora figura del ser que parecía

surgido del celuloide de la Monster Films, y apretó el gatillo de su revólver.

Creyó por un momento que el monstruo se tambaleaba, pero lo cierto es que otra mano de metal cayó sobre su cabeza con fuerza. Crujió su cráneo al recibir el golpe, sintió un dolor lacerante y profundo, y cayó hacia atrás, golpeándose en los escalones y quedando inmóvil en el suelo.

Las manos de metal, brillantes y siniestras, avanzaron hacia el indefenso detective...

* * *

Se incorporó vacilante, sintiendo darle vueltas todo. Su cabeza era una maldita olla de grillos, llena de ruidos y zumbidos insoportables. Aun así, pudo captar borrosamente la presencia de varios uniformes azules, y el rostro familiar de Phil Osmond, teniente de Homicidios. Todos se inclinaban sobre él, solícitos.

—Bueno, parece que por esta vez no te mataron, Larry —suspiró Osmond—, Tienes una cabeza muy dura.

Larry se apoyó en lo más próximo a él, el respaldo de un sofá. Miró turbiamente a los policías, tratando de recordar algo. Con la brusquedad de un chispazo, los recuerdos acudieron a su mente. Intentó ponerse en pie y se desplomó de nuevo en el sofá, con un gemido ronco.

—Dios mío... —jadeó—. El monstruo de manos de metal... La chica, Jayne...

—De modo que fue el monstruo, ¿no? ¿Has visto al fin a Malcolm Lee?

—En persona, Phil —asintió Larry—. ¿Y Jayne?

—No sé dónde está. Aquí no hay ninguna Jayne, Larry. Durhan trató de localizarte aquí por teléfono y, al no lograrlo, nos llamó por si acaso. Pero llegamos tarde. Tú estabas ahí, medio muerto, con un corte en la cara y otro muy profundo en el occipital. Un médico vecino te ha asistido de momento, aconsejando que te hospitalicemos.

—No me meteréis en ningún hospital —rechazó Slater, angustiado—. No mientras no aparezca Jayne. Estaba aquí conmigo, la oí gritar en la cocina... Ese asesino debió atacarla...

—Hay vajilla rota y café derramado en la cocina, pero eso es todo. De esa tal Jayne, ni rastro. Lo que sí hay es el cadáver de otra chica en el living, Larry.

—Cielos, no —Larry le miró horrorizado—. ¿Linda Scott?

—Eso parece. La destrozaron el cuello con algo muy cortante y desgarrador, seguramente esas manos de metal que tú citas, Larry... No hace de ello ni una hora, a juzgar por el calor de su cuerpo...

—De modo que ella llegó aquí mientras yo estaba inconsciente... y la mató —Larry se cubrió el rostro con las manos—, Es... es horrible, Phil. Ese hombre es un auténtico monstruo, un loco de la peor especie...

—Y muy listo también, Larry. Nadie le vio llegar ni marcharse.

—Tuvieron que escuchar mi disparo en la vecindad, Phil... No sé si logré herir a ese canalla.

—Sí. Han mencionado lo que creyeron que era un escape de motor. Ya vi que falta una bala en tu revólver. Pero no la encontramos por ningún lado. No hay orificios en las paredes. Tal vez le diste, después de todo.

—Pero eso no le impidió asesinar a esa chica... y tal vez también a Jayne Colfax.

—Si la hubiera matado, estaría aquí su cadáver también —Osmond meneó la cabeza negativamente—. No creo que lo haya hecho, Larry. Debió llevarla consigo. La secuestró con alguna intención que se me escapa...

—Jayne empezó todo esto con un guion basado en, la realidad —dijo Larry amargamente—. Y tal vez el monstruo que ella reflejó en su relato, está decidido a terminar la historia donde empezó: en Jayne Colfax... Es un loco demoníaco, un ser anormal y peligroso, capaz de todo en su delirio.

—Intentaremos dar con él, Larry. Vamos a volver del revés esta ciudad para dar con ese mutilado. Un hombre con dos manos ortopédicas no puede pasar desapercibido fácilmente. La gente tiene que notar su defecto. Le encontraremos, estoy seguro.

Larry Slater inclinó la cabeza, sombrío.

—Yo no estoy tan seguro—dijo—. Cierto que ese monstruo tendría que ser fácilmente detectable con semejantes manos. Las que yo vi eran terroríficas: dos garfios articulados, capaces de triturar una piedra. Parece mentira que nadie vea a un hombre así en los lugares donde cometió sus fechorías, con excepción del testigo que presenció el atropello de Fry y de Wilma Baker... A menos que...

— ¿A menos que, Larry? —se interesó Osmond.

—No, nada —resopló él, .sacudiendo la cabeza a costa de un vivísimo latigazo de dolor—-. Es una idea fantástica... pero creo que voy a intentar comprobarla, Phil.

— ¿No vas a decirme de qué se trata?

—No, no. No me harías caso. Vosotros, buscad a Malcolm Lee a vuestro modo. Yo lo haré al mío... y veremos quién tiene más suerte.

* * *

Jayne Colfax contempló, muda de horror, al ser con quien compartía en estos momentos la lóbrega estancia en penumbras.

Solamente un foco de los utilizados para filmaciones cinematográficas, iluminaba crudamente un ángulo del sótano húmedo y oscuro, en cuyo fondo se veían apilados unos decorados vulgares, junto a una cámara cinematográfica con trípode. La luz del foco estaba tamizada con un filtro rojo. Esa claridad fantasmal daba un aire de irrealidad a la figura del hombre de gafas negras y manos de acero. Erguido allí, ante ella, era una amenaza viviente que parecía presagiar su muerte inminente.

—Puedes gritar cuanto quieras —dijo la voz ronca, susurrante, del hombre de las manos metálicas—. Nadie va a oírte aquí, Jayne.

—De modo que esta es tu casa... Donde tú vives, Malcolm Lee... y donde rodaste las escenas que substituyeron a las originales en la película... —musitó ella, dominando su terror, sintiendo un vago escalofrío helando su espina dorsal.

—Así es. Estos son mis estudios privados, donde he demostrado ser mejor director y cámara que los de Selwyn Durhan. Aquí seré capaz de realizar películas maravillosas y muy reales... con víctimas de verdad —rió huecamente tras las solapas alzadas de su gabardina oscura—. Víctimas como tú, Jayne Colfax... Y esta vez, yo escribiré el guion y realizaré el film de tu agonía...

—Estás loco, Lee...—susurró ella, trémula—. Totalmente loco...

—Los genios siempre fueron considerados locos, preciosa —susurró el tétrico ser—. Yo no podía ser una excepción. Pero demostraré muchas cosas al mundo que probarán que soy realmente un genio, no un demente como tú dices.

Ella le estaba escuchando con repentino gesto de sorpresa y desconcierto. Miraba fijamente el rostro del hombre de manos ortopédicas. Una de las solapas se había bajado ligeramente y podía ver una parte de aquel rostro.

—Pero tú... usted... USTED NO ES MALCOLM LEE —dijo con voz estremecida.

—Claro que lo soy. El único y verdadero Malcolm Lee, el que desapareció de la película de Durhan, ¿ya lo has olvidado? —se mofó el monstruo, con una risita sardónica, situando la cámara frente a Jayne y poniendo en funcionamiento su mecanismo de acción automática.

—Yo me refiero al verdadero Malcolm Lee que conocí en San Diego, que vi

en Dana Point después... —ella le miraba con creciente horror, que iba convirtiéndose paulatinamente en incredulidad—. Pero usted no es él... Conozco bien a Malcolm... Ese rostro no es el suyo... Esas manos metálicas son más perfectas, más grandes y fuertes que las que él llevaba... Además... usted tiene el rostro horriblemente desfigurado... o es que se ha caracterizado para interpretar el papel de Malcolm Lee...

— ¡Ya basta! —cortó él—. Acabemos esta charla. Debo filmar tu muerte, Jayne Colfax. Y el rodaje ha comenzado ya...

Enfiló la cámara hacia ella, graduó las lentes hasta un primer plano que captara toda la infinita angustia y terror de la joven guionista. Ella, en ese momento, lanzó un grito ronco:

— ¡Ya lo entiendo! —clamó—. ¡Malcolm Lee nunca mató a nadie! ¡Usted no es Malcolm Lee...! ¡SINO JANOS BELAKI INTERPRETANDO SU PAPEL DE MONSTRUO EN LA VIDA REAL!

—Eres muy lista, Jayne —dijo él, riendo sardónicamente—. Sí, soy Janos Bélaki... ¡Qué divertido ver el rostro de estupor y de miedo de toda esa gente, cuando descubrieron que mi personaje había desaparecido de los fotogramas! ¡Qué placer desorientar a toda esa gentecilla de Hollywood que carece de genio e imaginación para crear verdaderas obras originales, como yo!

—Está usted loco, Bélaki. Total, absolutamente loco... Se ha desquiciado y quiere ser en la vida real el que ha sido tantas veces ante las cámaras... Y no contento con eso, quiere demostrar que es un genio en todo, un prodigio desaprovechado por la industria... ¡Usted trajo aquí a los actores, les hizo rodar esas escenas, y luego las asesinó uno a uno para silenciarles y que nunca se supiera que Janos Bélaki fue el responsable de la suplantación!

—Así es, querida amiga. Todos creyeron que se trataba de una broma original, ideada por mí, para darle un buen susto a Selwyn Durhan. Ninguno sospechó la verdad. No sabían qué iba a burlarme de todos mucho más sangrientamente de lo imaginado. Y a la vez probaría mi genialidad ante todos. Parece mentira que nadie haya comprendido que el culpable tenía que ser alguien de DENTRO de los Estudios, para poder disponer de laboratorios de revelado, empalmar fotogramas a una copia, hacer copias de ésta, haciendo desaparecer las originales, y ponerla en el lugar donde debía de estar la película original. Usted sabía dónde localizar a sus víctimas, gracias al teléfono de los Estudios. Nadie sospecharía jamás del gran Janos Bélaki, estoy seguro...

Se iba aproximando a ella. El zumbido de la cámara, pasando la cinta de celuloide virgen que iba grabando implacablemente la trágica situación, era ahora el único sonido del recinto.

Bélaki alzó sus manos terroríficas. El acero centelleó, como dos cuchillas curvas y terribles, dispuestas a caer sobre su víctima... Jayne retrocedió hasta tener tras de sí el muro del sótano que le impedía toda posible evasión.

Observó que, al venir hacia ella, Bélaki, el -actor enloquecido, oscilaba ligeramente, como si algo le dificultara el caminar. Luego, notó que unas oscuras gotas caían en el pavimento. Estaba sangrando bajo su gabardina.

—Larry le alcanzó...—musitó ella roncamente—. Está herido, Bélaki...

—No importa. Me curaré de eso. Pero él está muerto. Le dejé con el cráneo bañado en sangre, agonizante... —rió de nuevo con malevolencia—. Y ahora, su bonito rostro, su cráneo, estallará en pedazos, Jayne, cuando la golpee con mis manos... ¡y la cámara filmará la más maravillosa y real escena de horror de todos los tiempos!

Soltó una carcajada demoniaca, que más parecía el aullido de un animal feroz, y sus terribles manos de acero fueron hacia el rostro aterrorizado de Jayne...

* * *

Los disparos de revólver retumbaron sordamente en el recinto de pesadilla donde tenía lugar la filmación diabólica de Janos Bélaki.

Este emitió un rugido al sentir las balas en su espalda, Jayne se apartó a tiempo, y las manos de acero cayeron violentamente sobre el muro, desconchándolo. Un tercer disparo abatió al monstruoso loco en tierra.

Se quedó allí inmóvil, jadeante. Se volvió hacia la cámara en funcionamiento, hacia Larry Slater, en pie a la entrada del sótano, mirándole por encima del humeante cañón de su revólver.

—Usted... —jadeó el herido—. Vive aún...

—Maltrecho, pero vivo —afirmó Larry—. Y por lo que veo, su escena de horror va a ser completa. Sólo que en vez de filmar la muerte de Jayne Colfax... está filmando la suya propia Bélaki. Es su última y más original filmación, de eso no cabe duda...

—Mal...di...to —susurró al actor—. Yo era un... úngeme...

Vomitó sangre y cayó de bruces, golpeando su rostro, desfigurado por el maquillaje grandilocuente y teatral, en el frío y húmedo suelo del sótano.

Jayne corrió a los brazos de Slater, acogiéndose en ellos con desesperado alivio.

—Larry... —musitó—. Larry, le debo la vida...

—Eso ya no importa. Por una vez, al menos, llegué a tiempo… Ahora,

vámonos de aquí. Llamaré a la policía para decirles que fui yo quien tuvo suerte y dio con el monstruo...

— ¿Cómo supo que era él, Bélaki?

—No lo sabía. De repente sospeché que lo de las manos ortopédicas podía ser mentira, una simple treta de un hombre con dos manos normales. Eso me hizo pensar en Bélaki. Recordé que gustaba de ensayar a solas, en el set, como dirigiéndose a sí mismo, que era muy amigo del montador McCoy, que podía entrar y salir sin dificultades de los sitios donde se guardaban los negativos y copias de películas... y podía interferir llamadas telefónicas de Durhan. Decidí charlar con él y vine a su casa. Encontré el acceso al sótano, al no responderme nadie y abrir la puerta como sabe que las abro yo —sonrió Larry —, Lo demás, creo que ya lo sabe, Jayne... Ese hombre era un enfermo mental. Había llegado a creerse el monstruo terrorífico y criminal que siempre interpretaba. Y además, despreciaba a los demás, se creía superior a todos... Esa locura es siempre peligrosa, Jayne. Muy peligrosa. Ahora, sin embargo, ya sabemos cómo sucedió todo. Malcolm Lee, tal como usted lo imaginó para su film, sólo existía en la mente enfermiza de su creador ante las cámaras, ésa es la verdad...

Y llevando consigo muy abrazada a Jayne, cuyo cuerpo le gustaba sentir tan cerca de él, abandonó lentamente el lugar donde Janos Bélaki interpretara su última escena.

FIN